

FOSTERITAS Y FEMINISTAS: LAS ACTIVISTAS DE EXTREMAIZQUIERDA DE LA DÉCADA DE 1950 Y LA INVENCIÓN DE AMERIKKKA

«Bastaría con mencionar la ideología chovinista¹ que todavía penetra el corazón y la cultura de la vida de nuestra nación, que hace que una gran cantidad de personas sea susceptible de ser afectadas por este mal social». Claudia Jones²

«Lo que mata a uno es tener algo que dar y que el mundo no esté dispuesto a aceptarlo». G. ELIAS, elogio de Claudia Jones³

Cuando Claudia Jones⁴ murió en 1964, G. Elias escribió que «su tragedia había sido no ser una mediocridad» y sugería que había pasado sus últi-

¹ No existe traducción literal de la palabra inglesa «chauvinism» que significa la creencia irracional en la superioridad de un grupo, una raza, un sexo... En castellano «chovinismo» significa literalmente la exaltación desmesurada de lo nacional frente a lo extranjero. Su uso en el texto original, obviamente enfatiza su sentido machista y racista, y no el meramente patriótico [N. de la T.].

² Claudia JONES «Discussion Article», *Political Affairs*, agosto, 1945, p. 720.

³ G. ELIAS, obituario de Claudia Jones, en Buzz Johnson, *I think of My Mother: Notes on the Life and Times of Claudia Jones*, Londres 1985, p. 155.

⁴ Claudia Jones nació en Belmont, Trinidad en 1915. Debido a que su familia perdió todo su dinero por la caída del precio del cacao después de la Primera Guerra Mundial, fue enviada junto a sus tres hermanas a Nueva York con sus padres. La madre de Claudia Jones murió 5 años más tarde durante la Gran Depresión y su padre trabajaba en la limpieza de un bloque de apartamentos en Harlem. Su educación formal finalizó en 1932, cuando comenzó a trabajar en una fábrica, época en la que contrajo una tuberculosis que dañará irremediablemente sus pulmones. La primera vez que fue arrestada y amenazada con ser deportada a Trinidad era la editora para la cuestión negra en el periódico del Partido Comunista de los

mos años como profesora y pensadora sola y aislada de sus camaradas del ala londinense del Partido Comunista de Gran Bretaña⁵. Los comentarios agrídulces de Elias contrastan misteriosamente con las numerosas descripciones conmemorativas de Jones que aparecen en la prensa comunista estadounidense. En ella aún se suele describir a la activista de Trinidad como a una «gran mujer negra» que a principios de la década 1950 fue trágicamente deportada a Londres en donde murió poco tiempo después. Estos homenajes a Jones raramente incluyen comentarios sobre su carrera política en Inglaterra, al igual que tampoco se citan declaraciones suyas de sus días en el Partido Comunista de los Estados Unidos de América⁶, por lo que si bien se la tiene por un símbolo emblemático de la pre-

Estados Unidos de América, el *Daily Worker*. Recorrió Estados Unidos en diversas ocasiones y fue arrestada varias veces, una de ellas llegó a estar un año en prisión acusada de promover la insurrección contra el gobierno. La cárcel deterioró gravemente su salud y fue deportada a Inglaterra en 1955 en aplicación de la *McCarran Act*, donde no se le concedería un pasaporte hasta 1962. En Londres, el Partido Comunista de Gran Bretaña le ofreció puestos básicamente administrativos [N. de la T.].

⁵ Este trabajo proviene de mi tesis de licenciatura «*Nothing Personal: Women in the CPUSA 1950-1956*», Wesleyan University, 1991. Una primera versión de este ensayo fue discutida en la Conferencia de Berkshire sobre la Historia de las Mujeres, en Chapel Hill, NC, 1995. Me gustaría dar las gracias a Paul Gilroy, Sheila Rowbotham, Amy Swerdlow, David Roediger, Paula Rabinowitz, Rosalyn Baxandall, Gerald Horne, y a Lisa Collins por sus valiosos comentarios y sugerencias.

⁶ La unión de los distintos grupos comunistas estadounidenses se produce en el año 1929 bajo la presión de la Tercera Internacional. En estos primeros momentos, frente a una fracción más inclinada hacia el socialismo, W. Z. Foster y E. Browder formaban parte de la fracción del partido más cercana al movimiento obrero y sindical. En 1929, el Komintern dictaminó que esta segunda fracción debía ocupar el papel central en un único Partido, y en el Sexto Congreso Mundial de la Internacional éste adoptó el nombre de Partido Comunista de los Estados Unidos de América. El conocido como «tercer periodo» se sitúa en los primeros años de la Gran Depresión, momento en el que llegó a contar con 50.000, afiliados y está marcado por una política violenta de manifestaciones, huelgas, organización de revueltas obreras, el acercamiento a las luchas de los obreros negros y la oposición visceral al fascismo. Tanto la central sindical AFL como la política del New Deal que empezaba a ser diseñada por Roosvelt eran calificadas de fascistas. En 1935 la Komintern en su Séptimo Congreso Mundial anunció otro cambio de dirección, dado que se consideró necesario constituir un «frente popular, es decir, un movimiento que permita la creación de coaliciones políticas con todos los grupos antifascistas». Este cambio condujo al Partido a centrarse en la organización del movimiento obrero, especialmente en el CIO, consiguiendo el papel más relevante que nunca alcanzara dentro del movimiento sindical. Con el fin de la Gran Depresión, comenzaron a acercarse al partido jóvenes intelectuales y personajes conocidos de la esfera cultural, a la vez que se iba perdiendo presencia entre la clase trabajadora. La campaña a la candidatura de W. Z. Foster en 1932, supuso la primera ocasión en la que el Partido fue apoyado públicamente por personalidades reconocidas, y éste se convirtió en el centro de un movimiento cultural que tuvo una gran influencia, principalmente artística. En este contexto el Frente Popular reemplazó la línea revolucionaria del partido, y encarnó la estrategia progresista de acercamiento a grupos que antes habían sido calificados de burgueses. Incluso, algunos comunistas se integraron en la Administración del New Deal. Sin embargo, para comprender todos estos cambios estratégicos ha de tenerse en cuenta que el Partido se veía constantemente afectado por la toma de posiciones respecto a lo que ocurría en la URSS. La oposición constante al nazismo finalizó bruscamente con la firma del Pacto de no agresión Hitler-Stalin en 1939; la Segunda Guerra Mundial se tachó en un principio de «imperialista», se rechazó la intervención estadounidense y se alentó a los sindicatos a convocar

sencia de las mujeres negras en el Partido Comunista, al mismo tiempo se desprecian sus contribuciones a la historia y a la teoría del comunismo estadounidense. ¿Qué impacto puede haber tenido Jones sobre un Partido que nunca reeditó, ni recordó, ni se dirigió a la esencia de su trabajo como teórica marxista?

En Londres, a Jones se la recuerda mucho entre los grupos de feministas negras como «la mujer que mejor encarna el espíritu genuino de lucha de las mujeres activistas negras de la década de 1950», por su implicación en las campañas en defensa de los detenidos tras las revueltas en Notting Hill⁷, por la organización del primer carnaval en Notting Hill⁸, por la reapari-

huelgas, pero cuando Hitler atacó la URSS en junio de 1941, la posición del Partido cambió y la guerra se hizo «democrática». Entonces se pidió a los sindicatos que suavizaran su movimiento reivindicativo, se alentó la aceleración del ritmo de producción en las fábricas y se movilizó todo el aparato del Partido para favorecer la creación de un segundo frente en Europa. Se iniciaba así, bajo el liderazgo de E. Browder toda la campaña nacionalista a favor del esfuerzo bélico descrita por Rebeca Hill. Los procesos de Moscú celebrados entre 1934 y 1938 habían provocado el rechazo abierto de los intelectuales al régimen comunista, y cuando el Partido no pudo seguir manteniendo una postura de negación o silencio, hizo pública una carta el 14 de agosto de 1939 donde denunciaba el fascismo soviético. La ola represiva desencadenada por el inicio de la Guerra Fría se fue agravándose paulatinamente: primero se aplicó a los comunistas la Smith Act de 1940 que criminalizaba la apología del terrorismo y que había sido utilizada contra el Partido Obrero Socialista y las organizaciones fascistas antes de la Segunda guerra Mundial; en 1947 la Talf Hartley Act exigió a los cuadros de los sindicatos prestar declaraciones juradas de rechazo al comunismo y Truman ordenó la expulsión de todos los comunistas del cuerpo administrativo del Estado; en 1949, 11 líderes del Partido fueron acusados de espionaje; en 1950, la Internal Security Act, también conocida como la McCarran Act, prohibió a los comunistas, entre otras cosas, trabajar en la industria militar nacional, permitiendo su internamiento en periodos de emergencia nacional; esta ley también creó un Subversive Activities Control Board a través del cual se obligó a las organizaciones comunistas o «dominadas por comunistas» a registrar sus miembros; en 1951, la mayoría de los cuadros del Partido Comunista había sido llevada ante los tribunales, lo que provocó la disolución del mismo en 1954, momento en que pasó a denominarse Asociación Política Comunista, y el último golpe que provocó la huida en masa de los afiliados se produjo en 1956 cuando Nikita Khrushchev denunció los crímenes de Stalin. En 1966 el Partido Comunista reanudó sus actividades de manera abierta y volvió a presentarse a las elecciones presidenciales, pero ya como fuerza política minoritaria. Otra gran crisis sobrevino con la caída del Bloque Soviético, cuando salieron a la luz informes que recogían las cantidades entregadas por el régimen soviético al PC estadounidense y que señalaban directamente a muchos de sus líderes como espías [N. de la T.].

⁷ Durante la década de 1950, en un contexto de precarización de la clase obrera inglesa, afloraron los discursos de la superioridad racial blanca y se produjeron varias agresiones y disturbios que tenían como objetivo a la población de color. En mayo de 1958, en Notting Hill, situado en la parte oeste de Londres, uno de esos ataques terminó con el asesinato de un joven carpintero, Kelso Cochrane a manos de seis jóvenes blancos que nunca fueron detenidos. Este asesinato marcó un punto decisivo en las relaciones interraciales, y en la organización del activismo antirracista en Inglaterra [N. de la T.].

⁸ El carnaval de Notting Hill se organiza por primera vez en febrero de 1959 bajo los auspicios de la *West Indian Gazette* y en respuesta a los disturbios de 1958. Los objetivos fundamentales eran «presentar al público el talento de la Indias Occidentales, del cual en estos tiempos pareciera que no se percibe más que las tallas de madera y el acarreo de agua», y recoger fondos para los jóvenes blancos y de color detenidos en los disturbios tras el asesinato de Kelso Cochrane. El eslogan de los primeros 6 años venía a ser «El arte del pueblo

ción de la *West Indian Gazette* en la cual colaboró junto a Amy Ashood Garvey, y por la lucha contra la *British Commonwealth Immigration Act* de 1962. Además, Jones fue una buena amiga del comunista indio A. Manchanda, quien estaba involucrado en el activismo antiimperialista en Gran Bretaña⁹.

Una vez en Londres –tras dejar atrás una carrera que la había llevado a ocupar importantes puestos de liderazgo– Jones no se integró en los círculos de la burocracia del Partido Comunista británico, sino en la comunidad activista de las Indias Occidentales. Es más fácil encontrar su nombre en los agradecimientos de los libros sobre mujeres caribeñas en Inglaterra que en los índices de historia del marxismo británico; y sus publicaciones en Estados Unidos después de la deportación son más fáciles de encontrar en la revista afroamericana *Freedomways* que en las publicaciones oficiales del Partido¹⁰.

El chovinismo invertido

Aún hoy, los contemporáneos estadounidenses de Jones parecen contar una historia distinta de la que sugiere su activismo. Según Harriet Magill, perteneciente al *Congress of American Women* [Congreso de Mujeres Estadounidenses], «Jones era verdaderamente extraña... culpable del más terrible chovinismo invertido». Esto lleva a historiadoras como Kathleen Weigand a la conclusión de que al igual que Elizabeth Gurley Flynn¹¹, era «única-

es la génesis de su liberación». A pesar de todos los esfuerzos por parte de las autoridades británicas para convertirlo en una apacible fiesta al aire libre al estilo inglés, más o menos mantuvo su espíritu hasta que 1989, año a partir del cual la Administración sólo permite su organización a un grupo determinado de personas negras escogidas por ella misma, y de manera cada vez más rígida [N. de la T.].

⁹ Las crónicas del Partido Comunista de Gran Bretaña tampoco tienen mucho que decir sobre Jones, y quizá el aislamiento al que se refiere Elías tuviera que ver con el racismo existente dentro del mismo, tal y como lo describe Marika SHERWOOD en «The Comintern, the Partido ComunistaGB, Colonies and Black Britons, 1920-1938», *Science and Society*, vol. 60. núm. 2, verano de 1996, pp. 139-164. Sobre la carrera de Jones en Inglaterra véase Buzz Johnson, *I Think of My Mother*, cit.; Beverly BRYAN, Stella DADZIE, and Suzanne SCAFE, *The Heart of the Race: Black Women's Lives in Britain*, Londres, 1985. Testimonios de la relación entre Jones y A. Manchanda aparecen en Martin Bauml DUBERMAN, *Paul Robenson*, Londres, 1989.

¹⁰ El nombre de Jones aparece en los agradecimientos de al menos dos libros publicados por sociólogos sobre las mujeres negras en Inglaterra a mediados de la década de 1960. Su último artículo publicado en Estados Unidos trataba sobre el autogobierno de las Indias Occidentales y apareció en la revista *Freedomways* en 1964.

¹¹ Elizabeth Gurley Flynn nació en Manchester en una familia pobre que emigró al Bronx, Nueva York, a finales del siglo XIX y que estaba muy implicada políticamente en el ambiente socialista. Desde muy joven participó en mítines y acciones. Su segundo arresto se produjo a finales de 1908 en Missoula, Mont, cuando el ayuntamiento había declarado ilegales los discursos en la calle. Los *Industrial Workers of the World* (IWW) decidieron desafiar esta ordenanza por ser inconstitucional e ir contra la Primera Enmienda. Todos los oradores participantes en el mitin fueron detenidos, incluida Flynn. Cientos fueron deportados y miles

mente algo más avanzada en cuestiones de mujeres que los más poderosos líderes masculinos del Partido Comunista»¹².

Estas diferencias, tan bruscamente marcadas, apuntan más hacia la división existente dentro del Partido Comunista estadounidense entre las feministas blancas y las feministas negras, que hacia una falta de reconocimiento por parte de Jones de las preocupaciones de las mujeres. Al igual que su contemporáneo y compañero de Trinidad, C.L.R. James, Jones hizo suya la opinión de que las luchas de los negros eran las más importantes de la era moderna, acercándose a posiciones nacionalistas hacia el final de su carrera. Sus escritos publicados casi siempre trataban sobre las luchas de los negros y aparecían en foros de audiencias negras. Por esta razón, no parece extraño que Jones dijera, en respuesta a las posturas mantenidas por las líderes blancas en el *Congress of American Women*, que la «cuestión de los negros» precedía a la «cuestión de las mujeres». Un análisis del trabajo de Jones sugiere que lo que ella pretendía explicitar era la necesidad de que las mujeres blancas combatieran su propio racismo antes de que pudieran unirse con otras mujeres¹³.

A pesar –o quizá a causa– de estas posturas «extrañas», Jones se convirtió en la portavoz principal, y en la mujer negra más frecuentemente publicada que nunca se sentaría en el comité central del Partido. Antes de ser deportada, Jones era la teórica oficial más importante sobre «la cuestión de la mujer», tras haber sustituido a Elizabeth Gurley Flynn. Jones, que había trabajado como periodista en el *People's Voice* y en el *Daily Worker*, y que había sido miembro del *National Negro Congress*, (*National Negro Congress*) [Congreso Nacional Negro] y editora del periódico de la *Young Communist League* [Joven Liga Comunista] durante las décadas de 1930 y de 1940, alcanzó su puesto de dirección más elevado en el Partido Comunista después de la Segunda Guerra Mundial, cuando el líder del Frente Popular, Earl Browder¹⁴, fue

encarcelados por oponerse a la guerra. En las huelgas de 1912 participó en mítines junto a huelguistas que hablaban 25 lenguas diferentes y hasta 45 dialectos distintos. Entre 1909 y 1916 participó en unas 26 batallas como ésta y se convirtió en una reconocida oradora, en unos momentos en que la represión se volvió especialmente dura. Ingresó en el Partido Comunista de los Estados Unidos de América en 1936 y durante diez años presidió la comisión de las mujeres. Tras encabezar la defensa de los 11 líderes comunistas detenidos en 1948 por realización de actividades antiestadounidenses, ella misma fue detenida en junio de 1951 en la segunda ola de arrestos a comunistas y encarcelada junto a Betty Gannet. En agosto de 1964 muere en la URSS en un viaje oficial del Partido [N. de la T.].

¹² Kathleen WEIGAND, *Vanguard's of Women's Liberation: The Old Left and the Continuity of the Women's Movement in the United States, 1945-1970*. Disertación doctoral, Ohio State University, 1995, pp. 146, 202.

¹³ Para más información acerca de la posición de James sobre el pueblo negro como vanguardia de lucha, véase SCOT McLEEMEE, ed., *C.L.R. James on the Negro Question*, Jackson, 1996.

¹⁴ Earl Browder nació en Kansas en 1892 y murió en 1974. Participó en numerosos movimientos radicales antes de convertirse en el líder del PC estadounidense durante los críticos años de la Gran Depresión y de la Segunda Guerra Mundial, entre 1930 y 1945. En un primer momento de su liderazgo, y tras un viaje de un año a la URSS para estudiar con pro-

expulsado¹⁵ y su lugar fue ocupado por su histórico rival William Z. Foster¹⁶.

Aunque Jones no era necesariamente la única autora de los múltiples documentos teóricos importantes sobre la cuestión de la mujer que aparecieron en la prensa del Partido Comunista estadounidense a finales de la década de 1940, es significativo que las críticas contenidas en estos artículos se hicieran públicamente por primera vez a través de ella. Si no hubiera sido por las denuncias del racismo estadounidense, que los comunistas negros hicieron durante toda la década de 1940, las críticas feministas que acabaron por aparecer en los últimos años de la misma década no habrían tenido el carácter que tuvieron.

El primer ataque contra el «browderismo» no provenía de las enojadas mujeres blancas, sino de las mujeres negras. Como miembro de la facción de Foster dentro del Partido Comunista, Jones se desmarcó del Frente

fundidad la teoría comunista, dedicó gran parte de sus esfuerzos a intentar explicar la política del Partido Comunista soviético dentro de Estados Unidos, pero más adelante se esforzó en lo que él llamó la «americanización» del partido comunista, lo que justificó el apoyo a las políticas del *New Deal* preconizadas por Roosevelt. Para él, el comunismo a través de los sindicatos, la Seguridad Social y el antifascismo proporcionaba una verdadera experiencia «americanizante» para todos los grupos que hasta entonces eran tratados como totalmente extraños a la sociedad estadounidense. En el último periodo de la guerra, preconizaba un mundo de paz y reconstrucción, y pedía la colaboración entre la clase y la nación, de tal manera que los comunistas debían subordinar sus propios recursos para la consecución de este fin. Según él mismo, todo esto junto a su alejamiento progresivo de Moscú, fue lo que le llevó a ser expulsado del Partido en 1946 por «revisionista». Llegó a decir que W. Z. Foster, quién le sustituyó en la presidencia del Partido, había sido «colocado» por Stalin. Finalmente, durante la década de 1950, su ruptura con la URSS le llevó a una revisión de la teoría marxista y a declarar «Yo no soy marxista». Estuvo en prisión entre los años 1917 y 1920, en 1941 y por última vez en 1942, cuando declaró ser víctima de una campaña federal contra los derechos civiles [N. de la T.].

¹⁵ Para una discusión más en profundidad sobre la rivalidad existente entre Browder y Foster, véase Edward P. JOHANNINGSMEIER, *Forging American Communism: The Life of William Foster*, Princeton, 1994; Maurice ISSERMAN, *Which Side Were You On? The American Communist Party During The Second World War*, Middletown, 1982.

¹⁶ William Zebulón Foster nació en Massachussets en 1881 y murió en Moscú en 1961. Fue miembro del Partido Socialista antes de adherirse al Partido Comunista en 1921. Participó en numerosas revueltas obreras, y formó parte de la *Syndicalist League of North America*. Una vez en el Partido, fue especialmente conocido por su papel en la huelga nacional de la metalurgia, que si bien respondía únicamente a demandas económicas, sirvió de punto álgido de referencia de la movilización colectiva a escala federal a mediados de la década de 1930. En un principio Foster defendía una aproximación no ideológica a la tarea de agitación, dentro de la política del tercer periodo del Partido que primaba el trabajo y las alianzas día a día, sin llegar a conclusiones revolucionarias más comprometidas. Entre 1923 y 1927 fue secretario general; desde entonces, formó parte de la dirección del partido, y fue candidato para las elecciones presidenciales en 1924, 1928 y 1932, hasta que finalmente, en 1944, fue nombrado presidente al inicio de la Guerra Fría. Para él, la clase obrera estaba dormida asumiendo acriticamente la economía y la moral capitalista. Escribió una *Historia del Partido Comunista estadounidense* (1952) y una *Historia de las Tres Internacionales* (1955) [N. de la T.].

Popular en lo que fue una de sus críticas más sonadas, aliándose con muchas otras mujeres comunistas negras. Éstas aprovecharon la oportunidad que ofrecía el cambio de liderazgo en el Partido, para criticar individualmente a varios miembros del mismo por su chovinismo blanco, y también para repensar la controvertida oposición mantenida por el Partido durante la guerra a la campaña «Doble V» emprendida entre los negros estadounidenses, quienes argumentaban que luchar contra las leyes de Jim Crow¹⁷ en casa era tan importante como luchar contra Hitler. Durante la guerra, el Partido Comunista con Earl Browder como líder, se había opuesto a este movimiento por ir contra el esfuerzo bélico, aunque las organizaciones del Frente Popular y los líderes del Partido continuaran trabajando con organizaciones afroamericanas en campañas a favor de medidas legislativas contra la práctica del linchamiento y contra la recaudación del *poll-tax*¹⁸, y en apoyo a la creación de la *Fair Employment Practices Commission* (FEPartido Comunista). Incluso se hicieron alianzas con grupos liberales que habían sido rechazados por «burgueses» a principios del denominado «tercer periodo» de la ideología del Partido¹⁹.

¹⁷ Desde el año 1880 y hasta la década de 1960, la mayoría de los Estados de Estados Unidos, reforzaron la segregación mediante las Leyes de Jim Crow. La forma más clásica que adoptaron estas leyes era la prohibición de los matrimonios mixtos, pero podían consistir prácticamente en cualquier cosa, dependiendo de cada Estado. Otros ejemplos frecuentes consistían en prohibir a los restaurantes servir comida en la misma habitación a personas blancas y negras, o a obligar a todo tipo de instituciones o establecimientos a tener ventanillas separadas. Durante la Segunda Guerra Mundial, estas leyes sirvieron para obligar a las personas negras a trabajar en las fábricas, o para distribuir el peso del esfuerzo bélico de manera diferente entre mujeres y hombres negros y blancos. En reconocimiento del esfuerzo bélico realizado por las personas negras, en algunos Estados sirvió para prometer la abolición de las mismas leyes por las que se les obligaba a trabajar. El término proviene del título de una canción de las plantaciones de principios del siglo XIX [N. de la T.].

¹⁸ Impuesto de carácter personal que al no tener en cuenta los ingresos de los sujetos pasivos del mismo supone un reparto regresivo de la carga tributaria. En Estados Unidos, las movilizaciones contra el *poll-tax* estuvieron ligadas a las movilizaciones por los derechos civiles del movimiento negro, debido a que su promulgación en los Estados del sur entre los años 1889 y 1910, llevaba aparejada la privación del derecho al sufragio para aquellas personas que no podían pagarlas, la mayoría de las cuales eran negras. En 1940 algunos de estos impuestos fueron abolidos, y en 1964 la 24 Enmienda a la Constitución estadounidense suprimió el *poll-tax* como requisito para votar en las elecciones federales. Hasta 1966 esta prohibición no se extendió a todas las elecciones, cuando el Tribunal Supremo dictó que tal impuesto violaba «la cláusula del principio de igualdad que consagra la 14 Enmienda de la Constitución» [N. de la T.].

¹⁹ Maurice ISSERMAN, *If I Had a Hammer: The Death of the Old Left and the Birth of the New Left*, Chicago, 1993, p. 24; Harry HAYWOOD, *Black Bolshevik: Autobiography of an Afro-American Communist*, Chicago, 1978; Gerald HORNE, *Black Liberation/Red Scare: Ben Davis and the Communist Party*, Newark, 1994; Nell PAINTER, *The Narratives of Hoseah Hudson: His Life as Negro Communist in the South*, Cambridge, Mass., 1979; y Robin D.G. KELLEY, *Hammer and Hoe: Alabama Communist During the Great Depression*, Chapel Hill, NC, 1990.

Ultraizquierdismo versus Frente Popular

Muchos historiadores y comunistas han criticado el ultraizquierdismo de la facción de Foster, afirmando que sus análisis paralizaron no solo al Partido Comunista, sino a la izquierda estadounidense en general durante las décadas de 1940 y de 1950²⁰. Según Maurice Isserman, la «catastrófica» perspectiva revolucionaria de la facción de Foster fue un factor significativo de la pérdida progresiva de apoyo popular de la izquierda, y de la reducción de las filas del Partido a finales de la década de 1940 debida a las expulsiones por chovinismo blanco y machista, que no podían haber llegado en un momento peor. Gerald Zahavi sostiene que la presión demoledora ejercida por el Partido Comunista para llevar a cabo políticas antirracistas y antisexistas a finales de la década de 1940 y principios de la de 1950 «rompió el vínculo» entre el partido y la clase obrera blanca²¹.

Otros, sin condenar el giro de la facción de Foster, que rompió los acuerdos con los liberales y prescindió de su acercamiento a la cultura de masas, han defendido, sin embargo, al Frente Popular como la estrategia que por primera vez llevó al Partido Comunista a desempeñar un papel de liderazgo dentro de la izquierda estadounidense, y han mostrado que a pesar de las políticas oficiales, las bases de las organizaciones del Frente Popular pudieron llevar a cabo campañas radicales durante las décadas de 1930 y de 1940. Sostienen que el Frente Popular, gracias al relajamiento de la rígida oposición a los nacionalismos étnicos, fue capaz de construir una «multicultura» interracial por medio de alianzas con organizaciones culturales afroamericanas, judías y eslavas²².

Por el contrario, los críticos del Frente Popular, ya sean fosteritas o historiadores de la nueva izquierda, han mantenido que la alianza con los liberales y con el patriotismo estadounidense significó, en último término, que el Partido Comunista se hiciera menos eficaz en cuanto a la organización de la clase obrera, al estar progresivamente dominado por los intereses de la clase media blanca. Fue la estrategia del Frente Popular, a su juicio, la que llevó a los comunistas a aceptar el «pacto de no huelga» durante la guerra, y a apoyar el internamiento de los estadounidenses de origen japonés en la costa oeste. Estas críticas también se dirigen contra

²⁰ Véase por ejemplo M. Isserman, *Which Side Were You On?*, cit.; y muchas memorias de comunistas y ex comunistas, entre otros Joseph STAROBIN, *American Communism in Crisis, 1943-1957*, Cambridge, 1972.

²¹ Gerald ZAHAVI, «Race, Sex, and Communism at Schenectady General Electric, 1932-1954», *Journal of American History*, septiembre de 1996, pp. 514-548.

²² Véase especialmente, Michael DENNING *The Cultural Front: The Laboring of American Culture in the Twentieth Century*, Verso, Londres, 1996; G. Horne, *Black Liberation/Red Scare*, cit.; G. HORNE, «The Red and The Black: The Communist Party and African American in the Historical Perspective», y Mark NAISON, «Remaking America: Communists and Liberals in the Popular Front» en Michel E. Brown, ed., *New Studies in the Politics of US Communism*, Nueva York, 1993; Barbara FOLEY, *Radical Representations*, Nueva York, 1993.

la americanización del Partido Comunista que le llevó a contraer compromisos con el nacionalismo estadounidense y a dar menos prioridad a las reivindicaciones de los trabajadores negros. Mientras que el Partido Comunista siempre había sido partidario del internacionalismo y del antiimperialismo, el multiculturalismo del Frente Popular supuso un freno desde el principio para que se tomaran posiciones más radicales. Durante este período, el Partido tampoco asignó posiciones de poder real a las personas de color, a las mujeres y a las minorías étnicas²³. Si el Partido Comunista hubiera tomado una posición más radical frente a la Administración del *New Deal*, habría apoyado la campaña de Revels Cayton para establecer comités de decisión negros dentro de los sindicatos CIO²⁴, habría secundado las huelgas contra las fábricas de producción bélica organizadas de acuerdo con las leyes de Jim Crow, habría promovido campañas fuertes dirigidas a aumentar la participación de las mujeres en los sindicatos, y se habría opuesto al internamiento de los ciudadanos de origen japonés.

Con estos agrios «si hubiera» en sus bocas, la facción de Foster arrasó inmediatamente una vez que la guerra hubo terminado. En sus críticas a Earl Browder, los afroamericanos que militaban en el Partido o que se encontraban próximos a él, no se centraron tanto en las críticas formuladas por el Partido Comunista Francés en la «Carta Duclos», que fueron las que llevaron a su expulsión, sino en los efectos locales de la organización del Frente Popular, que en su opinión, había llevado a miembros del partido y a activistas del Frente Popular a abandonar a los trabajadores negros.

Por ejemplo, Paul Robeson, quién adoptó la posición de William Foster, pensaba que el browderismo había llevado a la alianza del Partido con determinada Cámara de Comercio de la costa oeste que era reacia a luchar por la conservación de los empleados afroamericanos durante la reconversión de posguerra. Ben Davis cuenta que Robeson había preguntado a un organizador: «¿Qué van a hacer con estos 40.000 trabajadores

²³ Rosalyn BAXANDALL, *Words on Fire: The Life and Writing of Elizabeth Gurley Flynn*, Nueva York, 1987; Robert SCHAFER, «Women and the Communist Party USA 1930-1940», *Socialist Review*, mayo-junio de 1979; Paula RABINOWITZ, *Labor and Desire: Working-Class Women's Fiction in the Depression*, Chapel Hill, NC, 1990; Warren SUSSMAN, *Culture as History: The Transformation of American Society in the Twentieth Century*, Nueva York, 1984; Paul BUHLE, *Marxism in the United States: Remapping the History of the American Left*, Verso, Londres, 1987; and Robin D.G. Kelley, *Hammer and Hoe, Race Rebels*, cit.; Nell Painter, *The Narrative of Hoseab Hudson*, cit.; Harry Haywood, *Black Bolshevik*, cit.

²⁴ *Congress of Industrial Organizations*, originalmente dentro de la *American Federation Labours* junto con otros 7 sindicatos, fue expulsado de esta organización en el año 1936 para fundirse con ella en el de 1950. El objetivo del CIO era organizar en una misma estructura a trabajadores de la industria estadounidense metalúrgica, automovilística, textil, eléctrica y en general de las industrias de producción en serie. Obtuvo un gran éxito y en la actualidad la AFL-CIO es la organización de trabajadores con más visibilidad pública en Estados Unidos [N. de la T.].

negros?, ¿dejar que simplemente se mueran de hambre?». Davis estaba de acuerdo en que la posición de Foster era la «línea correcta» que debían seguir los estadounidenses negros, pero junto con Robeson, a ambos les preocupaba que las críticas dirigidas a Browder le «construyeran como el enemigo»²⁵. Al final a Browder se le construyó de esa manera y se le expulsó del Partido que una vez le había tratado como a un héroe.

A pesar de la rigidez estalinista de la facción de Foster y de sus amargos ataques personales a miembros del Partido, muchos de los que le apoyaron tenían buenas razones para hacerlo. En la segunda mitad de la década de 1940, durante el breve apogeo que vivió la facción izquierdista de los fosteritas en el liderazgo del Partido y mientras se creó la atmósfera para repensar el Frente Popular, las críticas que aparecían en los periódicos internos hacia las políticas del Partido eran exactamente las mismas que más tarde plantearía la nueva izquierda: el arreglo con el nacionalismo estadounidense, la tolerancia del chovinismo masculino y los compromisos en la cuestión de la raza.

Además, la visión que tenían los comunistas de que Estados Unidos durante la era McCarthy se balanceaba al borde de una toma del poder fascista, plasmada en la expresión «faltan cinco minutos para la medianoche», alimentó las críticas a la cultura popular y sirvió para introducir la opresión «ideológica» y «cultural» en la teoría oficial del partido sobre la cuestión de la mujer. Esta transformación teórica, que llegaba como parte de lo que generalmente se considera un gran error en la historia de la estrategia del Partido, supuso un cambio significativo en una organización cuya comprensión del papel de las mujeres en el capitalismo y en la revolución había sido durante mucho tiempo puramente económica. Por ejemplo, en el año 1942, Ruth McKinney, encumbrada como una de las grandes críticas feministas del Partido, aún insistía en que «el destino de las mujeres en esta sociedad no es negativo debido a las costumbres, la religión, la ley o la pura maldad del hombre, sino por razones puramente económicas»²⁶.

Esta comprensión económica del género en el Partido Comunista cambió durante la década de 1940, a medida que diversos grupos de mujeres hicieron finalmente oír sus voces en el comité central. La minuciosa investigación de Kathelen Weigand muestra como la editora adjunta de *New Masses*, Betty Millard, influenciada por las feministas comunistas de la costa oeste Mary Inman y Susan B. Anthony II, llevó a un grupo de mujeres

²⁵ Martin Bauml DUBERMAN, *Paul Robeson*, Londres, 1989, cit. y transcripción de las escuchas telefónicas realizadas por el FBI a Robenson, cinta de microfilm I, pp. 133-134.

²⁶ Ruth MCKINNEY, «Response to Harrison George», *New Masses*, 11 de febrero de 1942, p. 11; para más ejemplos, véase Rosalyn BAXANDALL, «The Question Seldom Asked: Women in the CPUSA», *New Studies*, y Elsa Jane DIXLER, *The Woman Question: Women and Communist Party 1929-1941*, tesis doctoral, Yale University, 1974.

comunistas blancas a formar el *Congress of American Women* (CAW) en el año 1946. Esta organización fue presentada por Weigand y Amy Swerdlow como el grupo que contaba con el «mayor número de mujeres negras entre sus dirigentes, comparado con cualquier otra organización feminista o pacifista, de ambos géneros, existente antes o a partir de la década de 1940»²⁷.

El panfleto escrito por Millard en 1948, «Women Against Myth», que describía a las amas de casa como «condenadas a una vida restringida e insignificante» y censuraba el uso de la «palabra de cuatro letras para sexo»²⁸ por ser un insulto cotidiano, era un presagio de la ideología del feminismo radical de la década de 1970 y estimuló una ola de debate feminista en los clubs locales del Partido Comunista²⁹.

La organización política de las mujeres negras

Mientras Millard llevaba a un replanteamiento de la teoría sobre el género entre las mujeres blancas, y comenzaba a diseñar los planes para el *Congress of American Women*, un grupo igualmente significativo de mujeres negras había estado reuniendo fuerzas desde el año 1935 a través del *National Negro Congress* (NNC). Este grupo de mujeres negras, que formaron un grupo local en Nueva York del *Congress of American Women*, eran Claudia Jones, Thelma Dale, Halois Moorehead, Ada B. Jackson y Charlotte Hawkins Brown. Dale y Jones escribían frecuentemente en publicaciones comunistas; Jackson y Morehead eran miembros permanentes de *National Negro Congress* y del *National Negro Congress of Women*, (NCNW) [Congreso Nacional Negro de Mujeres] de Mary McLeod Bethune. Charlotte Hawkins Brown, una de las fundadoras del NCNW, era una famosa pionera en las organizaciones interracialistas de mujeres contra el linchamiento.

Todas ellas se acercaron al Partido Comunista en el año 1935, cuando el Partido comenzó con la famosa defensa de los *Scotsboro Boys of Alabama*, nueve jóvenes negros que fueron acusados de violar a dos mujeres blancas en un tren³⁰. Fue entonces cuando Claudia Jones ingresó en el

²⁷ Amy SWERDLOW, «The Congress of American Women: Left-Feminist Peace Politics in the Cold War», en Linda Kerber, Alice Kessler-Harris, and Kathryn Kish-Sklar, eds; *US History as Women's History: New Feminist Essays*, Chapel Hill, NC, 1995, p. 300.

²⁸ Se refiere a la palabra inglesa *fuck*, que se traduce como «joder» [N. de la T.].

²⁹ Acerca del artículo de Betty MILLARD «Women Against Myth» y su génesis, véase K. Weigand, *Vanguards of Women's Liberation*, cit.

³⁰ El Partido Comunista encontró abogados para los chicos de Scotsboro y organizó una campaña de publicidad en su apoyo que continuó durante varios años. Este tipo de acciones llevaron a muchos afroamericanos a incorporarse al Partido en la década de 1930. Véase Dan CARTER, *Scotsboro: A Tragedy of the American South*, Baton Rouge, Luisiana, 1979, y James GOODMAN, *Stories of Scotsboro*, Nueva York, 1994.

Partido Comunista estadounidense, con 18 años, e inmediatamente se convirtió en una activa participante de la *Harlem Young Communist League* [Joven Liga Comunista de Harlem]. En el año 1936, como señala Mary Inman en su paradigmático libro feminista *In Woman's Defense*, el *National Negro Congress* ya estaba por delante del Partido Comunista estadounidense en su análisis de género. De acuerdo con el *National Negro Congress*, las mujeres negras estaban «triplemente explotadas, como mujeres, como trabajadoras y como negras»³¹. La posición oficial del partido hasta aquel momento era que las mujeres únicamente estaban oprimidas si eran miembros de la clase obrera.

En 1945, con la expulsión de Earl Browder, este poderoso grupo de mujeres, especialmente Jones y Dale, estaban impacientes por hacer oír sus críticas sobre la incompetencia del Partido a la hora de abordar la cuestión del racismo. Tan pronto como el comité central del Partido publicó sus reflexiones sobre los errores del browderismo, Jones escribió un artículo donde culpaba a éste por la línea blanda adoptada por el Partido respecto a las leyes de Jim Crow impuesta en las fábricas de armas estadounidenses. Afirmaba que el Partido Comunista estadounidense había favorecido la igualdad racial únicamente por su interés en el esfuerzo bélico. Jones le acusaba de «haber ignorado y pasado por alto la preocupación del pueblo negro por su situación y por la forma que asumiría el mundo de posguerra». Su compañera fosterita Harry Haywood, recuerda el escrito de Jones como el «pistoletazo de salida para un amplio debate teórico sobre la cuestión negra».

Poco después de la intervención de Jones, le tocó el turno a Thelma Dale. Dale criticó al Partido Comunista por su posición impasible en la lucha por la igualdad de los negros en las fuerzas armadas y por su fracaso a la hora de dirigir la lucha antirracista dentro del CIO³². Aunque el artículo de Dale apareció después que el de Jones, debió haber sido una guía para la joven activista. Como secretaria ejecutiva del *National Negro Congress* del que Jones era miembro, Dale tomaría constantemente una postura en favor de los derechos de las mujeres negras, abogando por el fin de su discriminación y en favor de la sindicación de las trabajadoras domésticas.

Dale se convirtió en la secretaria ejecutiva del *National Negro Congress* en el año 1942, cuando el anterior secretario, Edgar Strong, se marchó a la guerra. Dale, quien en una entrevista al *Daily Worker* describía a su familia como «corriente y de clase media, salvo por ser negra», hizo un esfuerzo especial por mantener las cuestiones de mujeres en un lugar privilegiado

³¹ Mary INMAN, *In Woman's Defense*, Los Angeles, 1940, pp. 22-23.

³² C. Jones, «Discussion Article», *Political Affairs*, cit., p. 720; Harry Haywood, *Black Bolshevism*, cit., p. 551; Thelma DALE, «Reconversion and the Negro People», *Political Affairs*, octubre de 1945, p. 899.

dentro del *National Negro Congress*. Recorrió Estados Unidos, diseñó importantes programas del *National Negro Congress* y apareció en público para criticar a los productores de Hollywood por las representaciones racistas de las personas negras en las películas³³.

Como consecuencia, quizá, de la influencia de Dale, cuando Jones lanzó sus argumentos contra el browderismo no se detuvo en la crítica de las actitudes del Partido hacia los trabajadores y los soldados negros, sino que también sacó a la luz el sexismo imperante en el Partido. A diferencia de otras líderes anteriores, que reivindicaban la entrada de las mujeres en el Partido como auxiliares de los hombres por ser necesarias para la revolución, Jones decía que éste debería introducir a más mujeres negras en la dirección porque eran «el estrato más oprimido de toda la población» y la «fuerza activa real» en las luchas de los negros³⁴.

Para Jones, las mujeres no eran auxiliares de los trabajadores, como lo habían sido las amas de casa de la clase obrera blanca en la década de 1930, sino una vanguardia: de hecho, «el vínculo vital para intensificar la conciencia política»³⁵. Después de la guerra, Jones señaló que la dirección del Partido Comunista estadounidense continuaba promoviendo a los hombres negros como líderes, a pesar de la presencia de mujeres activas en los puestos de dirección de segundo nivel de las organizaciones presentes en las comunidades, en los sindicatos y en otros grupos de la órbita del Frente Popular.

En su escrito, Jones, al igual que otras activistas negras que militaban en el *National Negro Congress*, describían el género como un sistema autónomo de opresión que afectaba a todas las mujeres, blancas o negras, pertenecientes a la clase media o la clase obrera. Los anteriores teóricos del Partido habían sostenido que las mujeres no eran explotadas por sus maridos, sino que las mujeres de la clase obrera eran explotadas juntamente *con* sus maridos, como miembros de la misma clase³⁶. Por el contrario, Jones explicaba en el año 1949 que clase, raza, y género, funcionaban de manera autónoma y acumulativa, llegando al concepto de la «triple opresión de las mujeres negras», la «doble opresión de las mujeres de la clase obrera blanca» y la opresión unitaria de las mujeres de clase media blanca³⁷.

Apartándose de anteriores manifestaciones oficiales del Partido Comunista sobre la cuestión de la mujer, en las que se oponían a las organizacio-

³³ Archivos del FBI sobre el *National Negro Congress*.

³⁴ Jones, «An End to the Neglect of the Problems of Negro Women», *Political Affairs*, junio de 1949, p. 52.

³⁵ *Ibid.*, p. 52.

³⁶ Avram LANDY, «Two Questions on the Status of Women Under Capitalism», *Political Affairs*, septiembre, 1941.

³⁷ C. Jones, «An End to the Neglect», cit., pp. 63-65.

nes feministas burguesas por dividir a la clase obrera con una «guerra entre sexos», Jones argumentaba que, a pesar de las diferencias existentes entre mujeres, dentro del hogar el hombre equivalía al burgués frente al proletariado de las mujeres. «La explotación de las mujeres rebasa las divisiones de clase y afecta a todas las mujeres», explicaba en su columna del *Daily Worker* titulada «*Half of the World*» [La mitad del mundo]³⁸.

Las feministas comunistas negras y la nueva izquierda

La aparición de las declaraciones de Claudia Jones sobre raza y género en el mismo momento en el que el Partido Comunista apuraba sus últimos días en el centro de la política progresista estadounidense, plantea varias preguntas a los historiadores del feminismo y de la izquierda estadounidense actuales. Las sólidas y agudas críticas de Jones al Frente Popular sugieren que debemos reconsiderar la creciente tendencia a rechazar las críticas de la nueva izquierda a éste, y al mismo tiempo rehabilitar el activismo de la era de la Gran Depresión y las estrategias socialdemócratas. La idéntica importancia del trabajo de Jones y de otras de sus compañeras de la sección de Harlem no tan frecuentemente publicadas, como Thelma Dale y Elizabeth Lawson, sugiere que las feministas comunistas, muchas de ellas negras, que se habían opuesto a la cultura estadounidense por «fascista», durante y después de la guerra, pueden haber tenido un impacto significativo en la creación de la ideología del feminismo de la nueva izquierda. La historia actual de la vieja izquierda, al rechazar el valor de los argumentos antifascistas del Partido Comunista de finales de la década de 1940 por dogmáticos y errados, pierden la valiosa revelación teórica de aquellas tempranas feministas, repitiendo el gesto de las revistas del Partido que se enorgullecen de la presencia de mujeres como Jones, pero que no aprenden de sus visiones críticas.

Jones y otras mujeres que criticaron a sus camaradas por sexistas y racistas, practicaron precisamente aquellas «políticas de la identidad» que ahora estremecen a algunos estudiosos y activistas. Se mantuvo lo suficientemente leal a su partido estalinista como para permanecer adherida a él a través de cada uno de los cambios de su línea, incluso cuando estaba en desacuerdo, al escribir panfletos tales como «*Lift Every Voice for Victory*» [Que todas las voces clamen por la victoria] en el cual elogiaba un programa que había denunciado antes como «el uniforme de Jim Crow», y denunciaría pocos años más tarde como de cínica manipulación de los negros durante la guerra. A pesar de todo, Jones utilizó el momento de replanteamiento interno propiciado por la expulsión de Earl Browder de la dirección del partido, para cuestionar prejuicios habituales de la vieja izquierda en las cuestiones de raza, clase y género.

³⁸ C. JONES, «Half of the World», *Sunday Worker*, 9 de abril de 1949, p. 11.

Jones no fue simplemente «una gran mujer negra»: fue una teórica, una «fraccionalista», una estalinista devota que pasó cincuenta años en el Partido Comunista, y una crítica feroz del racismo y del sexismo dentro de los grupos destacados y de los clubes locales del Partido. Formuló públicamente críticas a miembros del Partido y «dio un repaso a los locales de Nueva York» del *Congress of American Women* por chovinismo blanco³⁹. Jones escribió que, mientras las mujeres negras estaban en la primera línea en la organización de la comunidad negra, estas «líderes con una experiencia de masas de incalculable valor que aportar a nuestro Partido, de pronto se encuentran tratadas en nuestros locales, no como líderes, sino como la gente que se tiene que manchar las manos organizativamente». Al describir las instancias específicas de mal comportamiento, Jones reprendió públicamente a las mujeres blancas por su condescendencia al tratar el pensamiento de las mujeres negras como «atrasado», o por buscar ayuda doméstica entre las familiares de las profesionales negras del partido⁴⁰.

A pesar de sus múltiples críticas de las mujeres blancas, Jones acogió mejor los análisis feministas que muchas de sus camaradas blancas. En el año 1948, en su artículo titulado «*For New Approaches to the Woman Question*» [Por nuevos planteamientos de la cuestión de la mujer], Jones criticó al Partido Comunista por su «fracaso a la hora de combatir las tendencias masculinas chovinistas que inundan nuestro Partido», por negarse a asignar a las mujeres «trabajo de masas» y por hacer de la cuestión de la mujer un trabajo de mujeres más que «un deber para cada miembro del Partido». Como una solución posible, Jones defendía que los hombres estudiaran a fondo la cuestión de la mujer, que se exigiera a los sindicatos organizar a las trabajadoras domésticas, y disponer servicios de guardería para las mujeres a las que las responsabilidades con los hijos les impedían asistir a las reuniones progresistas o comunistas⁴¹. Jones fue la primera líder del Partido Comunista estadounidense que escribió sobre las mujeres en el informe de su comisión oficial, la cual se formó en 1948 para aprobar un informe basado en el panfleto de Betty Millard, escrito ese mismo año, que se titulaba «*Women Against Myth*» [Mujeres contra el mito].

La transformación durante la guerra de la cuestión de la mujer

Cuando Betty Millard y Claudia Jones hicieron estas declaraciones en el año 1948, era la primera vez que la revista teórica oficial del Partido se prestaba a acoger tales críticas de la política de lo personal, pero no la

³⁹ A. Swerdlow, «The Congress of American Women», cit., p. 308.

⁴⁰ C. Jones, «An End to the Neglect», cit., pp. 58-59.

⁴¹ C. JONES, «For New Approaches on the Woman Question», *Political Affairs*, agosto 1948, p. 741.

primera vez que comentarios o críticas de este tipo hacían aparición dentro de la vieja izquierda. Claudia Jones realizó las primeras declaraciones oficiales en torno a todas estas denuncias, pero probablemente la crítica al chovinismo masculino no empezó entre los líderes del Partido, sino dentro de los sindicatos del CIO y las organizaciones del Frente Popular, cuando las mujeres entraron a ocupar muchos más puestos de dirección en el Partido y a ganar influencia durante la guerra⁴². Si la estrategia del Partido durante el conflicto transigió con los derechos de los afroamericanos, la organización se convirtió en un terreno fértil para el activismo de las mujeres cuando sus líderes masculinos se marcharon a la guerra. Ya en 1942, las cartas escritas por mujeres al *Daily Worker* apuntaban a que «ya era hora de acabar con la neutralización en el hogar», y comentaban que «las mujeres han aprendido más en tres años de guerra que en veinte años de sufragio»⁴³.

Durante la guerra diversas mujeres atacaron dentro de los círculos comunistas la ideología de la domesticidad como un elemento del fascismo, refiriéndose a la libertad de la mujeres estadounidenses como prueba de democracia en acción. Estas escritoras utilizaron el lema de la «triple K fascista» (*Kinder, Küche, Kirche* [niños, cocina, iglesia]) para reforzar las críticas a la domesticidad que muchas mujeres comunistas habían hecho desde los inicios del movimiento obrero. Mientras que dentro de la vieja izquierda siempre había habido un grupo de mujeres opuestas a los ideales domésticos, los propagandistas del Partido Comunista estadounidense utilizaban frecuentemente imágenes de la vida doméstica durante la Gran Depresión para dirigirse a lo que ellos imaginaban que debían ser los sentimientos de las masas de las mujeres de la clase obrera; y esto a pesar de la posición oficial del Partido contra el trabajo doméstico por ser una tarea fútil y menor, que impedía construir una conciencia de clase revolucionaria⁴⁴.

Tanto la visión de la «triple K fascista» como la necesidad de las mujeres de trabajar en las fabricas de armamento llevó finalmente a las principales escritoras a participar en un grupo, al que Alan Wald se refiere como «las feministas socialistas precoces», para valorizar a la «nueva mujer» y

⁴² Sobre el aumento de mujeres en la dirección comunista durante la Segunda Guerra Mundial, véase Maurice ISSERMAN y Dorothy HEALEY, *Dorothy Healey Remembers: A Life in the American Communist Party*, Nueva York, 1990; M. Isserman, *Which Side Were You On?*, cit.; Harvey Klehr, *The Heyday of American Communism*, Nueva York, 1984; Bella DODD, *School of Darkness*, Nueva York, 1954.

⁴³ Cartas al director, *Sunday Worker*, 18 de octubre 1942, p. 15; 25 de octubre de 1942, p. 15.

⁴⁴ Una buena fuente sobre las imágenes de las mujeres en el movimiento obrero es Elizabeth FAUE, *Community of Suffering and Struggle: Women, Men and the Labor Movement in Minneapolis 1915-1945*, Chapell Hill, NC, 1991. Sobre las representaciones de las mujeres en el Partido Comunista, véase Dixler, *The Woman Question*, cit.; Rosalyn Baxandall, *Words on Fire*, cit. Para un análisis exhaustivo de las escritoras feministas dentro de la izquierda comunista, véase Paula Rabinowitz, *Labor and Desire*, cit.; P. RABINOWITZ y Charlotte NEKOLA, *Writing Red: An Anthology of Women Writers, 1930-1940*, Nueva York, 1987.

rechazar la imagen populista del ama de casa. Combinaban la popular imagen de «*Rosie the Riveter*»⁴⁵ [Rosie la remachadora] con relatos de luchadoras antifascistas modelo en la Unión Soviética, Francia y España⁴⁶.

A medida que más escritoras comunistas difundían las imágenes de las «nuevas mujeres» militantes, éstas comenzaron a referirse al ideal de domesticidad como la «triple K fascista», tanto si aparecía en la cultura nazi como en la de Estados Unidos. De esta manera, las mujeres del Frente Popular se opusieron al doble mensaje que la *Federal Office Of Wartime Information* [Oficina Federal de Información para la Guerra, OWI] y la cultura de masas enviaban frecuentemente a las trabajadoras de la industria militar a través de las películas de Hollywood y las revistas de mujeres. Cuando la OWI incitaba a los directores de cine y a los editores de las revistas a exponer la incorporación de las mujeres a las fábricas de municiones como temporales, y a promover valores de feminidad y domesticidad⁴⁷, las escritoras feministas comunistas objetaban a estas representaciones que las mujeres tenían *derecho* a trabajar y a continuar trabajando después de la guerra. Ésta fue una de las pocas formas utilizadas por las bases del Frente Popular para mostrarse contrarias a las agendas y a las políticas del Estado durante la guerra⁴⁸.

Durante la guerra, las críticas más progresistas del fascismo imperante en Estados Unidos, ya se dirigieran a la raza o al género, asumieron la forma de ataques a los medios de comunicación estadounidenses más conocidos. En una reseña de un largometraje en la que se exponía el atraso de Hollywood en comparación con el del esfuerzo bélico realizado en el resto del país, Joy Davidman describía a *Woman of the Year* como una película fascista, que ofrecía a las mujeres los roles de *Kinder, Küche y Kirche* y censuraba la sexualización de la mujer en la cultura popular como una forma de prostitución, la denominada «venta del sexo»⁴⁹. Publi-

⁴⁵ *Rosie The Riveter* se convirtió en el símbolo de las mujeres trabajadoras en la industria de armamento estadounidense durante la guerra. En principio era el título de una canción escrita para alentar a las mujeres a ayudar en el esfuerzo bélico. La verdadera Rosie, se llamaba Rose Monroe, una de las trabajadoras de una fábrica de armamento en Michigan que fue elegida para encarnar a *Rosie the Riveter* en la película. Al terminar la guerra, Rose Monroe no volvió a su casa, sino que trabajó de chofer, abrió su propio establecimiento de belleza y su propia compañía constructora [N. de la T.].

⁴⁶ Alan WALD, «Premature Socialist Feminist» (una revisión de *Labor and Desire*), en *Writing from the Left: New Essays on Radical Culture and Politics*, Verso, Londres, 1994.

⁴⁷ Maureen HONEY, *Creating Rosie the Riveter: Class, Gender, and Propaganda During World War II*, Amherst, Mass., 1984.

⁴⁸ Para una discusión más en profundidad del programa doméstico de la propaganda de guerra, véase Elaine Tyler MAY, *Homeward Bound: American Family in the Cold War*, Nueva York, 1988.

⁴⁹ Más tarde, Betty Friedan titularía un capítulo de su libro *The Feminine Mystique*, the «Sexual Sell», y en la primera página discute la interpretación de sus ex compañeras de la década de 1940, argumentando que «la toma de decisiones en la industria no es tan simple ni tan racional como pensarían aquellos que creen en las teorías conspiradoras de la historia». *The Feminine Mystique*, Nueva York, 1974, cit., p. 197.

cado en 1942, el reportaje de Davidman equiparaba el mensaje que afirmaba que las mujeres debían permanecer en casa como juguete sexual, con el fascismo al cual se refería como «la degradación deliberada de las mujeres». En sintonía con las críticas comunistas de la domesticidad, defendía la perspectiva que hoy en día asociamos al feminismo liberal, de que las mujeres deberían acceder «a la carrera y al matrimonio», y explicaba cómo «miles de chicas adolescentes han sido sutil y perniciosamente influenciadas por las payasadas de sus bellezas favoritas», en películas que «lo que intentan es educar a las chicas para la vida feliz del harén»⁵⁰.

En una carta de repuesta a Davidman, Charles Humboldt recordaba a los lectores del *New Masses* que la respuesta a este problema no era la censura de las películas de Hollywood, sino «acabar con el chovinismo machista», sugiriendo que al menos unos pocos comunistas eran conscientes de la necesidad de luchar contra la cultura dominante o de intervenir en las cuestiones ideológicas⁵¹. Ni siquiera el libro de Mary Inman *In Women's Defence* hacía tal crítica cultural de la vida doméstica estadounidense. El trabajo de Inman se centraba en la noción de opresión de clase de las mujeres y en el papel de reproductoras de la fuerza de trabajo como el origen fundamental de los estereotipos presentes en la cultura de masas, al tiempo que al cuestionar la socialización de chicos y chicas, se preocupaba de remitir estos fenómenos a causas económicas.

Fascismo y misoginia

La agenda política antifascista, que era en definitiva una crítica al patriotismo estadounidense, se centraba, por un lado, en el sometimiento de las mujeres considerado como un símbolo del dominio autoritario ejercido por los «hombres» y, por otro, en los elementos raciales de la ideología de la domesticidad. La crítica de Davidman se parece más a la novela antifascista de la británica Katherine Burdekin, *Swastika Night*, que retrataba el fascismo como una ideología fundamentalmente misógina, que a los argumentos expuestos por Inman en *In Women's Defence*⁵². Esta nueva conciencia no era simplemente el producto de la conveniencia durante el periodo de guerra, que atrajo la atención de los comunistas sobre la situación de las mujeres y de los afroamericanos dentro del movimiento obrero, sino una señal de que la idea que tenía la vieja izquierda de la relación existente entre raza, clase y género había comenzado a cambiar en respuesta al poderoso aparato cultural del nazismo.

⁵⁰ Joy DAVIDMAN «Women: Hollywood Version», *New Masses*, 17 de Junio de 1942, p. 28.

⁵¹ Charles HUMBOLDT, «Caricature by Hollywood Version», *New Masses*, 28 de julio de 1942, p. 29.

⁵² Para un excelente análisis sobre la importancia del trabajo de Inman, por su influencia en mujeres de la vieja izquierda, véase Katheleen Weigand, *Vanguards of Women's Liberation*, cit.

Tal como ocurrió en círculos comunistas europeos, el auge del nazismo lleva a algunos estadounidenses a reconsiderar los peligros de un compromiso con el populismo. Por ejemplo, en 1939 Alexander Bittelman criticaba en *The Communist* el acercamiento de la democracia jeffersoniana a la izquierda estadounidense, comparándolo al compromiso de los comunistas rusos con los *narodniki* [populista], y describiendo cómo la alianza con los agricultores racistas había impedido el establecimiento de alianzas con los abolicionistas durante la Primera Internacional: «La democracia jeffersoniana desempeñaba un papel progresista, pero también impedía el avance de la clase trabajadora y del marxismo estadounidense, especialmente durante la guerra civil»⁵³.

Durante la guerra, algunas comunistas negras, como Davidman, atacaron el «fascismo» de Hollywood, al describir a los productores y directores como «magnates intolerables del cine que denuncian el nazismo en Alemania y reafirman su tiranía contra los negros en Estados Unidos al continuar retratándolos en el papel de payasos y serviles»⁵⁴. Claudia Jones también se acercó a los argumentos sobre la cultura nacionalista en un ensayo en el que criticaba a Earl Browder, argumentando que «bastaría con mencionar la ideología chovinista que todavía penetra el corazón y la cultura de la vida de nuestra nación, que hace que gran cantidad de personas sean susceptibles de ser afectadas por este mal social»⁵⁵.

Durante la guerra, el acercamiento entre los objetivos de la clase media blanca y los del *National Negro Congress* era evidente; el grupo se hacía eco de las políticas de la Oficina de Mujeres de la Administración Roosevelt, y defendía un programa mucho más conservador para las mujeres negras. Sus objetivos eran organizar a las trabajadoras domésticas, más que comenzar movilizaciones a favor de los derechos de las mujeres negras dentro de los sindicatos del CIO. Después de la guerra, Thelma Dale hasta llegó a decir, que estos sindicatos estaban «llenos del espíritu de las tres K»⁵⁶. A pesar de las restricciones del periodo de guerra, las mujeres radicales estaban presentes en el *National Negro Congress* y parecían también colocar de nuevo a las mujeres negras en el centro de la lucha en todas las ocasiones. Dorothy Funn ocupaba el importante puesto de secretaria del grupo obrero, viajando por todo el país y haciendo manifestaciones públicas contra el senador Bilbo, mientras que Bertha Wicker, una trabajadora doméstica, era la principal oradora en los *Negro Freedom Rallies*⁵⁷.

⁵³ Alexander BITTELMAN, *The Communist*, septiembre de 1939, p. 776.

⁵⁴ *People's Voice*, 24 de septiembre de 1942.

⁵⁵ C. Jones «Discussion Article», cit., p. 720.

⁵⁶ Véase Karen Tucker ANDERSON, «Last Hired, First Fired: Black Women Workers During World War Two», en Darlene Clark Hine, ed., *Black Women in American History: The Twentieth Century*, Brooklyn 1990, pp. 26, 29.

⁵⁷ Expediente del FBI sobre el NNC, cinta de microfilm 2, p. 1048.

La lucha contra el fascismo se extendió durante la guerra mucho más allá del *National Negro Congress*; incluso Elizabeth Gurley Flynn, a quien Roxalyn Bandall describió como con algo de «Tía Tom» dentro del viejo Partido Comunista, se hizo más receptiva a los análisis feministas. En la propaganda de guerra de Flynn, cualquier opresión o representación de la mujer como «débil» era una ocasión para lanzar acusaciones de nazismo. Por ejemplo, en su panfleto de 1944 «Women Have a Date with Destiny» [Las mujeres tienen una cita con el destino], Flynn describía las luchas por los derechos de las mujeres como una expresión de oposición directa al nazismo: «Las viudas de Pearl Harbor construyen barcos, las madres de los chicos recluidos en las prisiones japonesas trabajan en sus puestos de defensa o en los centros de donación de sangre de la Cruz Roja. Una abuela participa en las WAC. La madre de Whistler con sus manos dobladas espera noticias. Todas ellas como Mrs. Roosevelt, una estadounidense que desafía “la baja ideología [de los nazis] sobre las mujeres”». Con esta condena final, Flynn fue capaz de hacer de la propia emancipación de las mujeres un objetivo valioso, porque consistía en un «desafío estadounidense a los nazis»; en la medida en que el sexismo era definido como antidemocrático y antiestadounidense, la lucha contra él era esencial para el mantenimiento de la democracia.

En su artículo de 1941, «Women in the National Front Against Hitler» [Mujeres en el Frente Nacional contra Hitler], Ella Reeve Bloor y Elizabeth Gurley Flynn describían cómo la filosofía nazi de las «tres KKK» servía para menospreciar a las mujeres, para situarlas en una posición inferior, de modo que puedan ser consideradas como animales mamíferos para la producción de soldados para el gran *Reich*». Siguiendo a Burdekin, Flynn y Bloor sostenían que el nazismo era una «teoría reaccionaria de la eterna inferioridad de las mujeres y de la subordinación absoluta a la autoridad»⁵⁸.

Mujeres en la batalla

Si las mujeres estadounidenses contrastaban con las mujeres sometidas al fascismo, las mujeres soviéticas, por supuesto, acusaban uno todavía mayor. Los escritores comunistas estadounidenses habían elogiado siempre a las mujeres de la Unión Soviética como modelos de feminidad emancipada, y durante la guerra se escribieron muchos artículos que describían a mujeres jóvenes en el combate armado como modelos heroicos para las demás. Liudmila Pavlichenko, la «expertísima francotiradora» soviética de la que se decía que había matado a 300 nazis, recibió alabanzas especialmente entusiastas en la página de mujeres del *Daily Wor-*

⁵⁸ FLYNN y BLOOR, «Women in the National Front Against Fascism», *The Communist*, octubre de 1941, p. 899; véase también Katherin BURDEKIN, firmado como Murray Kempton, *Swastika Night*, Londres, 1937, reeditado en Nueva York en 1987.

ker, al capturar las fantasías de los lectores y los editores tras la gira que realizó con la *Young Communist League* en el año 1942. Pavlichenko proporcionaba un modelo distinto a las figuras pacíficas de Elle Reeve Bloor o a las mujeres elegantes que eran el ideal de las lectoras de las columnas de belleza de Diana Joy, que contaban cómo «una cara bonita podía salvar la democracia»⁵⁹.

Cuando Pavlichenko escribía cómo ella misma «había segado hitlerianos como si fueran trigo maduro y bebido su sangre como si fuera vodka», o cuando afirmaba que «el único sentimiento que tengo es la gran satisfacción que siente un cazador cuando ha matado a una bestia depredadora o a una serpiente venenosa», podía hablar de un modo completamente distinto al de los reclamos más femeninos que aparecían en el *Daily Worker*, pero aún así, su gira más que perder audiencias, cautivó. Woody Guthrie, escribió una canción sobre ella en la que los coros decían «derribado por tu revólver, cariño, derribado por tu revólver», y Bebe Friedman dedicó un poema a la francotiradora que para ella era, según escribió, un modelo de «mujer criada en libertad». Pavlichenko levantó tal revuelo en su viaje por Estados Unidos que fue satirizada en la obra de George Kauffman, *Doughgirls*⁶⁰.

La popular tira de cómic de Dick Floyd publicada en el *Daily Worker*, cuyo protagonista era el espía antinazi «Pinky Rankin», también alababa la capacidad de las mujeres para ejercer la violencia. En una viñeta, mientras Pinky está escondido en el armario, su ayudante utilizaba sus «ardides femeninos» para apuñalar a un oficial nazi por la espalda. Otras viñetas de «Pinky» sacaban frecuentemente a bonitas mujeres espía haciendo gala de su intrepidez⁶¹.

¿Eran estas imágenes meros «productos de la guerra»? La respuesta está en las representaciones de posguerra de las mujeres militantes en el Tercer Mundo. Los comunistas siempre habían organizado «mujeres por la paz» ya fuera durante su oposición a la Primera Guerra Mundial, o durante el pacto Hitler-Stalin, y continuarían haciéndolo hasta que no terminara la Segunda Guerra Mundial y empezara la Guerra Fría. Varias historiadoras han apuntado que la retórica maternalista de aquellas campañas sirvió para situar a las mujeres únicamente en los roles femeninos tradicionales⁶². A pesar del giro del Partido Comunista hacia la organización de las

⁵⁹ Diana JOY, «Can a Pretty Face Save Democracy?», *Sunday Worker*, 25 de octubre de 1941, p. 6.

⁶⁰ Liudmila PAVLICHENKO, «Letter on Request of Soviet Anti-Fascist Youth Committee», reeditado del *Canada Tribune* en *New Masses*, 22 de septiembre de 1942, pp. 9-10; Woody GUTHRIE, *Pastures of Plenty: A Self Portrait*, Dave Marsh and Harold Leventhal, eds., Nueva York, 1990; Bebe FRIEDMAN, *Sunday Worker*, 25 de octubre de 1942, p. 11; A. B. Magill review of «Doughgirls», *New Masses*, 20 de octubre de 1942, p. 31.

⁶¹ Dick FLOYD, «Pinky Rankin», *Daily Worker*, 11, 12, y 13 de noviembre de 1942, p. 7.

⁶² También sobre este tema, véase Dixler, *The Woman Question*, cit.

«mujeres por la paz», las imágenes de las mujeres armadas del tiempo de guerra no desaparecieron por completo hasta finales de la década de 1940 y principios de la de 1950. Mezcladas con imágenes de mujeres en el ámbito doméstico manteniendo a sus hijos lejos de la batalla, las mujeres comunistas contra la guerra de Corea describían a las mujeres implicadas en el Ejército Rojo, en los ejércitos coreanos, en la milicia española y en las luchas revolucionarias chinas, fabricando imágenes heroicas de mujeres en la línea de fuego.

Fue Betty Millard, la autora de *«Women Against Myth»*, quien en último término encabezó la transición que permitió conectar el movimiento por la paz de posguerra con las luchas de mujeres contra el imperialismo. En su panfleto *Women on Guard* [Mujeres de guardia] animaba a los lectores estadounidenses a participar en la solidaridad con las mujeres coreanas, vietnamitas y sudafricanas que luchaban militarmente contra el imperialismo. Ella no sólo hablaba de organizar a las mujeres por la paz en los años de posguerra, sino que pedía a las mujeres que participaran en una lucha global contra el imperialismo con una hermandad que se extendiera por todo el planeta. Los comienzos del movimiento internacional de mujeres por la paz fueron en gran medida un reflejo de la situación coyuntural de la Guerra Fría que más tarde llevaría a la nueva izquierda a su propia versión del «tercermundismo».

Así pues, no fue simplemente el cambio de Browder por Foster lo que inició la transformación de los roles de género y raza en los análisis comunistas, sino determinados procesos de transición mucho más amplios que afectaron a la cultura estadounidense en su totalidad durante la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría. Historiadores como Daniel Horowitz, Nancy Gabin, Ellen DuBois, Gerald Zahavi y Amy Swerdlow coinciden en señalar la década de 1940 como un punto de ruptura en la historia del movimiento obrero, argumentando que los cambios de posiciones de la izquierda sobre los temas que concernían a las mujeres se produjeron en gran medida como resultado de la presencia de éstas en sindicatos y en el movimiento obrero durante esta misma década. Tal y como muestran estos autores, este cambio material en la composición misma de la «clase obrera» tuvo necesariamente un gran impacto en el movimiento obrero y en la vieja izquierda⁶³. Dicho cambio material estuvo acompañado por una transformación estética, al cambiar la imagen doméstica de la «mujer» por retratos idealizados de mujeres militantes. Estos cambios también fueron parte de lo que hizo posible la «segunda ola» del feminismo. En concreto, Horowitz y DuBois destacan que al menos tres pensadoras feministas reconocidas de la década de 1960,

⁶³ Daniel HOROWITZ, «Rethinking Betty Friedan», *American Quarterly*, junio de 1995; Nancy GABIN, *Feminism in the Labor Movement: Women in the United Autoworkers, 1935-1957*, Ithaca 1990; Ellen DuBOIS, «Eleanor Flexner and the History of American Feminism», *Gender and History*, primavera de 1991.

Gerda Lerner, Eleanor Flexner y Betty Friedan, tenían vínculos con organizaciones de la vieja izquierda. Sin embargo, aunque la atención sobre los derechos de las mujeres pudo haber empezado durante la Segunda Guerra Mundial entre las mujeres sindicalistas, la necesidad de unidad durante la guerra y la estrategia de la izquierda de total acomodación con el gobierno federal supusieron que el conflicto real sobre estos temas no emergiera hasta después de terminar el conflicto bélico. Betty Millard no destacó como una teórica o líder importante dentro de las organizaciones de base del Partido Comunista hasta que empezó la Guerra Fría y el giro hacia la izquierda del Partido Comunista estadounidense. Ni la *Women's International Democratic Federation* ni el *Congress of American Women* fueron creados hasta que terminó el conflicto bélico. Durante la guerra, las mujeres acudieron en ayuda del gobierno y del esfuerzo bélico trabajando en fábricas y comprando bonos de guerra para mostrar la solidaridad con sus hermanas soviéticas. Después de la guerra, las mujeres hicieron marchas a Washington, escribieron a senadores, y organizaron clubes en oposición a la política exterior del gobierno estadounidense, participando solidariamente con las mujeres a escala internacional para protestar contra el imperialismo en casa⁶⁴.

De forma similar, cuando empezó la Guerra Fría, la aproximación de las mujeres izquierdistas a la cuestión doméstica cambió. Cuando los comunistas empezaron a decir que la cultura de Estados Unidos era «fascista» plantaban semillas en suelo fértil. La oposición del *National Negro Congress* a los grupos fascistas dentro de Estados Unidos durante la guerra se había centrado en las similitudes entre el Ku Klux Klan y la Gestapo. Cuando al terminar la guerra se produjo el giro hacia la idea, reflejada en el eslogan «faltan cinco minutos para la medianoche», del adormecimiento de Estados Unidos amenazado por una toma fascista del poder, la cultura sudista del Klan se comparó con los valores de Estados Unidos en su conjunto, particularmente desde que los célebres senadores Eastland y Bilbo ocuparan importantes asientos en el Senado.

Inmediatamente después de que la fracción de Foster llegara al poder, Thelma Dale se hizo eco del «problema de la dominación de la vida estadounidense por las doctrinas sudistas de la supremacía del *poll-tax* blanco», como uno de los temas más importantes para los organizadores comunistas, estableciendo la conexión entre Estados Unidos y el Ku Klux Klan que más tarde se asociaría con la extremaizquierda de la década de 1960⁶⁵. Comentarios de este estilo eran un indicio de la oposición al nacionalismo estadounidense, si bien el «antiameriKKKanismo» se había estado fraguando bajo la superficie del Frente Popular durante toda la guerra. Aunque en 1951 la teoría oficial del partido era que Estados Unidos se hallaba a

⁶⁴ A. Swerdlow, «Congress of American Women», cit., fila vertical en la biblioteca Tamiment, NYU.

⁶⁵ Thelma Dale, «Reconversion and the Negro People», cit. p. 900.

«cinco minutos para la medianoche», la referencia a la cultura popular estadounidense como «fascista» había comenzado a aparecer incluso antes de que la guerra hubiera terminado y se hubiera convertido en un eslogan constante en 1945.

La resistencia a la vuelta al hogar

Lo mismo era cierto para las feministas del Partido. Si *Rosie the Riveter* había hecho populares las imágenes de mujeres trabajadoras, el empeño de la nación durante la posguerra de convertir a Rosie en «Susie el ama de casa», obtuvo la repuesta inmediata de las mujeres del CIO y del Partido Comunista. En el año 1945, tanto las mujeres blancas como las mujeres negras participaron en las diatribas dirigidas contra este intento «fascista» de sacar a las mujeres fuera de sus trabajos en las fábricas al final de la guerra. Este análisis feminista de la reconversión de posguerra alumbró con una luz nueva el análisis efectuado por la ex miembro de la *United Electrical Radio and Machine Workers of America*⁶⁶, Betty Friedan, cuando consideraba prácticamente una conspiración las políticas de posguerra que ponían su empeño, a través de la propaganda, en devolver a las mujeres al hogar, a pesar de que afirmaba rechazar la «teoría conspiradora de la historia»⁶⁷.

Lo que hizo que el ataque de la izquierda a la reconversión fuera más fuerte que sus iniciativas dirigidas a las mujeres obreras durante la Gran Depresión fue en parte la presencia de mujeres negras en los puestos de dirección de las organizaciones del Frente Popular. Estas mujeres activistas negras, que veían la cultura estadounidense como fascista, pasaron el mismo tiempo discutiendo sobre la raza que sobre el género. En el Partido, hicieron recordar que el culto a la domesticidad funcionaba de manera distinta para ellas que para sus hermanas blancas que trabajaban en la cadena de montaje. En un artículo recogido en los documentos del *National Negro Congress* y escrito en el año 1943, *The Congress View*, Yvonne Gregory escribe un artículo titulado «Negro Women in Industry» [Las mujeres negras en la industria], donde afirma que la historia de las mujeres negras había «sido siempre el relato de las mujeres obreras» y que el cambio al trabajo industrial fue un gran paso hacia adelante para las mujeres afroamericanas, que estaban atrapadas en un gueto de servidumbre doméstica⁶⁸. *The Daily Worker* recogía expresiones similares, si no más crudas, sobre la misma cuestión. En el poema «*Madame's Victory Blues*» [Blues de la victoria de la señora], una trabajadora doméstica negra le decía a su señora blanca, que ya la veía (quizá) después de la guerra:

⁶⁶ *United Electrical Radio and Machine Workers of America*, el sindicato comunista estadounidense más radical del periodo de posguerra durante toda la década de 1940 [N. de la T.]

⁶⁷ Betty Friedan, *The Feminine Mystique*, cit., p. 197.

⁶⁸ GREGORY, expediente del FBI, R2, *Congress View*, abril de 1943.

«Me voy de AWOL⁶⁹... mientras tanto el trabajo doméstico se puede ir a la m...». Para esta mujer, y para otras mujeres negras de posguerra, la presión hacia la domesticidad significaba un retroceso, en palabras de Claudia Jones, «a la cocina de otra persona»⁷⁰.

Durante la guerra, los compromisos del Partido Comunista de los Estados Unidos de América con el *New Deal*, junto con la visión de clase media del *National Negro Congress of Women*, dieron como resultado que las mujeres negras que trabajaban en las fábricas de producción bélica consiguieran una parca ayuda cuando se protestaba por las malas condiciones a las que se enfrentaban durante este periodo dentro de estas fábricas, donde se les daban los peores trabajos, donde eran las últimas en ser contratadas, y las peor pagadas de toda la fuerza de trabajo empleada en aquel momento. La batalla más importante del Partido por los derechos de las mujeres negras tuvo lugar no gracias al Frente Popular, sino durante el «tercer periodo» ultraizquierdista, cuando los comunistas defendieron el *Lundeen Bill*. De acuerdo con Linda Gordon, esta «propuesta de bienestar colectivo», redactado por los consejos de desempleados en 1931, que habría concedido los beneficios de la seguridad social a los trabajadores agrícolas y domésticos afroamericanos excluidos de la *Social Security Act* de 1935, fue la única de la que podía decirse que «incluía a los negros» y que «tomaba en serio las necesidades de las mujeres»⁷¹. No resulta casual, que una de las acciones más significativas llevadas a cabo por el *Congress of American Women* fuera el intento de incluir a las trabajadoras domésticas y a los agricultores en la *Social Security Act*, una alteración que surgió probablemente de las líderes negras de esta organización⁷².

Las campañas posteriores a la guerra para conservar los empleos de las mujeres negras en la industria se prolongaron durante mucho más tiempo del que duró el periodo inmediatamente posterior a la reconversión y dio pie a muchos análisis feministas. Elizabeth Lawson, que era una miembro veterana del Partido Comunista en la sección de Harlem, fue otra de las «mujeres nuevas» del Partido, que claramente exasperaba a Elizabeth Gurley Flynn. Lawson defendía la superioridad de la vida de la mujer profesional sobre la de la esposa, lo que irritaba a Flynn cuya vida como «profesional media» no estaba «encaminada a asumir la de una típica esposa y madre que *disfruta* con su vida»⁷³. En sus cartas, Flynn des-

⁶⁹ «Madame's Victory Blues», *Sunday Worker*, 18 de octubre de 1942, p.16;

«AWOL» son las siglas de la expresión militar «*absent without leave*,» que en castellano significa literalmente, «ausente sin permiso». [N. de la T.]

⁷⁰ C. JONES, «International Women's Day», *Political Affairs*, marzo de 1950.

⁷¹ Linda GORDON, *Pitied But Not Entitled: Single Mothers and the History of Welfare*, Cambridge, Mass, 1994, pp. 236-238.

⁷² Véase K. Weigand, *Vanguards of Women's Liberation*, cit.

⁷³ E. G. FLYNN en R. Baxandall, *Words on Fire*, cit., pp. 246-247.

cribía a esta profesional estresada como alguien que ni se vestía correctamente, ni cuidaba de su propia casa y aunque no defendía que todas las mujeres tuvieran que ir a trabajar, escribió artículos contundentes sobre la reconversión del trabajo, que se publicaron en la página de mujeres del *Daily Worker* durante las décadas de 1940 y 1950. Criticaba aquella imagen de la domesticidad a la que se habían mantenido fieles las mujeres de la vieja guardia del Partido para poder encajar en la imagen estereotipada del «ama de casa de clase obrera».

El derecho de las mujeres al trabajo

En 1956 Lawson escribía que el «derecho al trabajo» es una reivindicación básica en la lucha por la liberación de las mujeres», y explicaba de la siguiente manera el cierre de los centros de atención de día debido a la reconversión de la industria bélica:

la teoría que está detrás de todos estos apañes, es que el lugar de las mujeres está en casa, y que únicamente en caso de extrema necesidad deben trabajar. Esto es tirar un jarro de agua fría sobre los esfuerzos realizados por las mujeres para utilizar sus capacidades; perjudica las luchas de las mujeres y de los hombres por aumentar sus salarios; hace daño a la lucha por la igualdad de salarios y afecta a las luchas de los sindicatos por promover que las mujeres desempeñasen trabajos cualificados⁷⁴.

En este ambiente, donde se criticaba el mito de la domesticidad por privar a las mujeres de sus empleos y del progreso, el hecho de que Estados Unidos estuviera a punto de sufrir una toma fascista del poder, según el análisis del partido liderado por William Foster, permitió a las críticas lanzar comentarios cada vez más estridentes sobre la «triple K fascista» patente en la cultura popular estadounidense.

Si bien el epíteto de fascismo fue el más utilizado para describir a los McCarthystas «hitlerianos» y a otros miembros de la Administración, y este análisis llevó al Partido a optar por una estructura clandestina que resultó increíblemente destructiva para la izquierda comunista, también permitió que se diera la aprobación oficial a la publicación de las teorías de las mujeres sobre género, sexualidad y poder dentro de las familias. Nada más declararse la alarma de un inminente golpe de estado fascista, condensado en el eslogan «cinco minutos para la medianoche», las comunistas identificaron a los medios de comunicación de masas y al gobierno federal como aliados en un complot fascista montado para apartar a las mujeres de la industria, y al hacer esto, señalaron cuestiones sorprendentemente parecidas a aquellas que más tarde presentaría Betty Friedan en su libro *The Feminine Mystique*.

⁷⁴ *Sunday Worker*, 19 de febrero de 1956.

En los círculos teóricos oficiales, aquellos temas aparecían a través del trabajo de Betty Millard y Claudia Jones, cuya amistad con Elizabeth Gurley Flynn, pudo haber influido en que la feminista más reacia tomara una posición más enérgica en una cuestión sobre la que a menudo se había mostrado ambivalente. A pesar de su distancia inicial, Jones y Flynn escribieron artículos para la revista del partido *Political Affairs* en los se aludía a las revistas de mujeres, a las películas de Hollywood, a las políticas del gobierno federal y a la psicología popular, como señales de un fascismo inminente: «El lugar de las mujeres está en el hogar» es una consigna hitleriana falsa», escribió Jones en 1948: «en el centro de su campaña ideológica, el eslogan intenta esconder los avances protagonizados por las mujeres durante la guerra y las desigualdades existentes en Estados Unidos, cuando nada más terminar ésta se intentó mandar a las mujeres de vuelta a la cocina»⁷⁵. Tanto Flynn como Jones condenaron la psicología *pop* de la época: Flynn refiriéndose a su condena de la mujer independiente, y Jones censurando la forma en la que la revista *Charm* [Encanto] «ofrece descaradamente a la mujeres la triple K fascista»⁷⁶.

El principal artículo sobre la transformación de la teoría sobre el género dentro del partido fue escrito de manera anónima por un grupo de mujeres en el año 1948, y firmado con el nombre de William Z. Foster. En este artículo se apuntaba que el Partido necesitaba ir más allá de un análisis de las bases económicas de la opresión de las mujeres, para poder identificar las fuerzas «culturales e ideológicas» que operan en la misma⁷⁷. El artículo llama la atención sobre los esfuerzos reaccionarios hechos para lanzar «afirmaciones biológicas sobre las mujeres», algo que las autoras comparaban con las teorías biológicas de la raza y de la teoría económica.

Haciéndose eco de los escritos de las «nuevas mujeres» del Partido, el artículo también comparaba con la ideología fascista las producciones reaccionarias tales como *Modern Woman: The Lost Sex* [La mujer moderna: el sexo perdido] y las revistas para mujeres⁷⁸. Aunque el artículo no veía el sexismo o el racismo como opresiones materiales, sino más bien ideológicas, también explicaba que las luchas contra el racismo y el sexismo eran necesarias y que no se zanjarían simplemente con la llegada del socialismo. El artículo decía:

Obviamente nuestro partido no haría ningún progreso serio sobre la cuestión de los negros, si se limitara simplemente a una reivindicación econó-

⁷⁵ C. Jones, «For New Approaches», cit., p. 739.

⁷⁶ C. Jones y E. G. Flynn en el Día Internacional de las Mujeres, *Political Affairs*, marzo de 1950.

⁷⁷ W. Z. FOSTER, «On Improving the Party's Work Among Women», *Political Affairs*, noviembre de 1948, pp. 987-988. De nuevo, véase Kathleen Weigand, *Vanguards of Women's Liberation*, cit., para una discusión sobre los orígenes de este artículo. El minucioso rastreo de K. Weigand, que le lleva a la carta de 1948 del grupo de investigación de la comisión de mujeres, sugiere que Betty Millard fue la autora.

⁷⁸ Ferdinand LUNDBERG, *Modern Woman: The Lost Sex*, Nueva York, 1947.

mica, política y social, que no lograra llevar adelante una lucha ideológica contra el chovinismo blanco... En nuestros análisis tendemos a reducir la situación de las mujeres en la sociedad a una cuestión económica y política, y no prestamos atención a sus muchos otros aspectos antropológicos, biológicos, etc.

Las autoras venían a manifestar, en último término, que la interpretación del Partido de las raíces de la opresión de las mujeres tendría que ser reexaminada en el marco de una revisión total de su política sobre la cuestión de la mujer, y citaban «sus tres defectos mayores: subestimar la necesidad de la lucha contra las nociones de superioridad masculina, la reticencia a abordar cuestiones relativas al sexo y la incapacidad para discutir otros aspectos de la cuestión de la mujer desde una perspectiva científica»⁷⁹.

La opresión de las mujeres más allá del capitalismo

El último trabajo importante sobre la «cuestión de la mujer» aparecido durante la revisión que siguió a la expulsión de Browder fue publicado en 1953 por Doxie Wilkerson e Irene Epstein de la *Jefferson School for Social Science*⁸⁰. El panfleto, titulado *Questions and Answers on the Woman Question* [Preguntas y respuestas sobre la cuestión de la mujer], describía tanto las ventajas como las desventajas de la «explotación específica» de las mujeres bajo el capitalismo. Acusando una gran influencia del trabajo de Claudia Jones, el panfleto también se ocupaba de la «triple opresión» de las mujeres negras. En él se concretaban elementos de la opresión de las mujeres que no estaban unidos directamente al capitalismo, y se hacía referencia a «la relegación que sufren las mujeres a un papel subordinado en la vida económica, política, social y cultural de la comunidad». Wilkerson y Epstein continuaban así mismo con la discusión empezada durante la guerra acerca de las «manifestaciones habituales de la supremacía masculina dentro del movimiento progresista», entrando a criticar a los hombres por el tratamiento sexista hacia sus esposas al desatender las tareas domésticas y las responsabilidades relativas al cuidado de los niños. Todo ello prefiguraba las críticas a la vieja izquierda que más tarde harían las feministas de la segunda ola como Dixler y Baxandall⁸¹.

Estas acusaciones de supremacía y chovinismo masculinos dentro del movimiento progresista se encontraron con una oposición arraigada en el comunismo internacional frente a los grupos feministas organizados y a

⁷⁹ W. Z. Foster, «On Improving the Party's Work Among Women», cit., pp. 987-988.

⁸⁰ D. Horowitz, «Rethinking Betty Friedan», cit, p. 2.

⁸¹ DOXIE WILKERSON and IRENE EPSTEIN, *Questions and Answers on the Woman Question*, Jefferson School of Social Science, Nueva York, 1953.

los ataques feministas del comportamiento de los hombres hacia sus camaradas femeninas y hacia los miembros de sus familias. Como apunta Amy Swerdlow, la creación misma de la *Women's International Democratic Federation* [Federación Democrática Internacional de Mujeres] y del *Congress of American Women* a mediados de la década de 1940 supuso un cambio sustancial en la forma de organización de las mujeres de izquierdas; era la primera vez que el Partido Comunista estadounidense promovía o aprobaba una organización exclusivamente integrada por mujeres, que lanzaba, además, a las comunistas a una coalición con las hijas de las sufragistas⁸².

A raíz de todo aquello, a principios de la década de 1950 las críticas del Partido al «feminismo» como fenómeno burgués sonaban vacías. Al mismo tiempo que en el panfleto de la *Jefferson School* se cuestionaba la visión burguesa que afirmaba que los «hombres» eran la causa de la opresión de las mujeres, y se discutía el programa feminista liberal basado en la igualdad formal de las mujeres dentro del capitalismo, algunas miembros de la *United Electrical Radio and Machine Workers of America* estaban discutiendo sobre si un hombre de su grupo debía ser expulsado o no por «explotar sexualmente» a una mujer negra del sindicato⁸³. La postura de hecho en la cuestión de género dentro del Partido Comunista de la era McCarthy, no parece que fuera la un reproche, en la lógica de una guerra entre sexos, sino que en palabras de Claudia Jones, la de que los progresistas deberían estar implicados en «el combate por abolir todos los privilegios existentes bajo el capitalismo, y que tienen que ver con la lucha contra los muchos obstáculos y desigualdades que las mujeres sufren en el hogar, en el trabajo y en la comunidad».

Aunque estos elementos del análisis de género son importantes, Jones y otras feministas de izquierda del Partido Comunista se esforzaron mucho para continuar elaborando argumentos sobre la raza y la clase. Las mujeres que formaban parte del *Congress of American Women* recuerdan a Jones como a una «ideóloga» que se instaló en la dirección del Partido Comunista para imponer su propia línea. Según dos de sus miembros, la presión que ejercía Jones era tal que propició la fractura del grupo. Harriet Magill que encontraba a Jones «rara» y además una defensora del «chovinismo invertido» dijo: «primero nos avasallaba McCarthy y después el Partido, mandándonos al infierno por no organizar a las mujeres obreras». Millard, que recordaba cómo Jones había atacado a la sección local del *Congress of American Women* en Nueva York acusándola de racismo, argumentaba que ésta había malinterpretado su trabajo «Women Against Myth», al que respondía el ensayo de Jones «An End to the Neglect of the Problems of Negro Women» [Punto final a la desatención de los problemas de las mujeres negras]⁸⁴.

⁸² A. Swerdlow, «Congress of American Women», cit., p. 300.

⁸³ G. ZAHAVI, «Passionate Commitments».

⁸⁴ Harriet Magill citada por A. Swerdlow, en una entrevista con Kathy Campbell, en «Congress of American Women», cit., p. 312; Magill y Millard citadas en *Vanguards*, p. 203.

Comentarios de este tipo pronunciados por las veteranas del *Congress of American Women* son la señal de que las luchas entre las mujeres blancas y las mujeres negras dentro de las propias filas de la vieja izquierda ya habían comenzado cuando se inicia el desarrollo de la segunda ola feminista. En su artículo sobre el itinerario de Betty Friedan desde la *United Electrical Radio and Machine Workers of America* a la *National Organization of Women*, Daniel Horowitz apunta que Gerda Lerner criticó el libro de Betty Friedan, *The Feminine Mystique*, por su omisión de los temas relativos a las mujeres negras. Lerner escribió que a la vez que pensaba que el libro de Friedan era «espléndido», sentía que su aproximación a los «problemas de las mujeres de clase media, educadas en la universidad», reproducía uno de los errores del movimiento sufragista y dejaba sin abordar los problemas de las «mujeres trabajadoras, especialmente de las mujeres negras»⁸⁵. Como ya señaló Lerner en su día, parece que la asimilación del feminismo obrero por los medios de comunicación estadounidenses del *establishment* se produce a través de Friedan, viéndose facilitada por la eliminación de algunas de las posiciones antirracistas y feministas de izquierdas más radicales aparecidas en la prensa comunista durante los años anteriores. Un cambio que provocó que la segunda ola feminista se conectase con las luchas sufragistas, más que con la historia de la izquierda estadounidense.

De los comentarios de Magill y de Millard sobre Jones se infiere que los intentos de ésta por recordar a las mujeres del *Congress of American Women* las cuestiones de la raza y de la clase trabajadora, fueron recibidos como cáusticos y contraproducentes, y con ello suscribían las opiniones de otras ex comunistas sobre la crítica fosterista al chovinismo blanco. Si estas críticas eran o no crueles o injustas, es muy difícil de saber ahora, pero parece significativo que Jones no tomara a las mujeres blancas como símbolos demoníacos, y que nunca rechazara las reivindicaciones sobre la importancia de la cuestión de género. Además, las críticas a las mujeres blancas anónimas que aparecían en su ensayo «An End to the Neglect of the Problems of Negro Women» describen varios incidentes racistas concretos, tales como solicitar a las activistas negras que les recomendaran sirvientas, o el trato condescendiente hacia éstas cuando eran tratadas como si fueran novatas en la lucha política. Cuando Jones decía que «la cuestión de los negros es anterior a y no igual a la cuestión de la mujer», y que todas las mujeres blancas debían primero implicarse en la política antirracista para poder alcanzar la verdadera igualdad, Jones no defendía simplemente que las mujeres negras se sumaran a la política y la teoría del Partido Comunista, sino que siempre contemplaba el género en el contexto de la raza.

⁸⁵ D. Horowitz, «Rethinking Betty Friedan», cit., p.22.

El paradigma de la mujeridad de la clase media

Jones argumentaba continuamente contra la representación de la «mujer» como blanca y de clase media que aparecía en las revistas nacionales para mujeres. Esta imagen de la mujer como doméstica y caprichosa sostenía la guerra entre sexos, escribió Jones en el año 1949, ya que excluía a las mujeres negras y de la clase trabajadora. La visión de Jones de que estas revistas promovían la «guerra entre sexos» da a entender que hacía responsables a este tipo de representaciones de las mujeres reflejadas en la prensa capitalista del carácter de feminismo burgués al que los comunistas habían atacado por su discurso de la «guerra entre sexos». Con lo que parecía sugerir que era toda la cultura en su conjunto, no únicamente las mujeres burguesas, la responsable de la concepción excluyente de la «mujer».

Se criticaba, por consiguiente, a las revistas, porque el mensaje que transmitían a la mujer blanca era que «se conformara con su rol inferior», y también porque transmitían a estas mismas mujeres blancas de clase media que ellas eran todo lo que la «mujer» era. Así, pues, las críticas de Jones al culto mediático de la domesticidad que tuvo lugar al finalizar la guerra, en la misma dirección que otras formas anteriores y posteriores de feminismo negro, explicaban cómo la imagen idealizada de la «mujer» era utilizada para excluir a las mujeres negras y de la clase trabajadora. Los ideales de domesticidad no solo estaban vacíos para las mujeres de clase media, sino que como Leila Haber exponía en el *Daily Worker*, ignoraba «las penurias reales de la vida de las mujeres en lucha constante para llegar a fin de mes»⁸⁶. Al final de la década de 1940, Jones abogaba por programas de acción que acercaran el feminismo antirracista a las mujeres blancas. Antes de nada, animaba a las mujeres blancas a apoyar a Rosa Lee Ingraham⁸⁷, una mujer cuya defensa legal estaba siendo asumida por el *National Association for the Advancement of Colored People* (NAACP)⁸⁸. En segundo lugar, su protesta se dirigía contra la obliteración de la relación a la que ella se refería como de «señora-sirvienta» entre las mujeres blancas y las mujeres negras dentro del Partido Comunista y de la «comunidad progresista».

Aunque estos comentarios y sugerencias dirigidas a las mujeres burguesas pudieran sonar como la típica apelación del Partido a las mujeres trabajadoras y a las mujeres negras articulada únicamente de acuerdo con

⁸⁶ Leila HABER, *Sunday Worker*, 27 de diciembre de 1935.

⁸⁷ Ingraham fue acusada de asesinato por defenderse de un violador blanco.

⁸⁸ La NAACP, fundada en 1909, recogiendo el legado de W.E.B DuBois, Thurgood Marshall y Roy Wilkens, por un grupo de pensadores progresistas, es una organización sin ánimo de lucro instituida para lograr la igualdad política, educativa, social y económica de los grupos minoritarios. La NAACP pretende eliminar los prejuicios raciales y eliminar las barreras impuestas por la discriminación racial mediante procesos democráticos [N. de la T].

las líneas de raza y clase, Claudia Jones también escribió varios trabajos de donde se deduce que era una teórica feminista independiente. Desarrolló los comienzos de una teoría de la feminización de la pobreza que complejizaba y daba la vuelta a muchas de las concepciones del comunismo estadounidense tradicional acerca de la clase. En su artículo conmerativo del Día Internacional de las Mujeres, describía cómo los prejuicios contra las asalariadas, estaban llevando a que el «peso de la crisis» recayera sobre las espaldas de las mujeres, pues cada vez más, muchas de ellas asumían el papel de cabeza de familia⁸⁹. Más adelante, argumentaba que detrás de las decisiones públicas que afectaban a las políticas estatales sobre el bienestar y el cuidado de los hijos, había motivaciones de género que no podían explicarse recurriendo a un análisis de clase reductor. Analizaba los recortes del gobierno en los programas sociales establecidos durante el período bélico que habían ayudado a las mujeres trabajadoras, tales como las guarderías y los programas de bienestar para niños, como una señal del desplazamiento progresivo hacia el fascismo en Estados Unidos, y clamaba que la guerra contra la libertad de las mujeres era un elemento esencial en la ideología de la Guerra Fría.

El análisis de género, de raza y de clase

Para ella, además, la eliminación de los servicios sociales era una forma de *reprivatizar* en la esfera doméstica el cuidado de los menores, y poner más difícil a las mujeres el acceso al trabajo. Esta interpretación feminista de la reconversión bélica contrastaba con el resto de los análisis que predominaron aquella época en el Partido, y que estaban más basados en la clase. La compañera de Jones, Abe Kahn, insistía en que los recortes en los gastos sociales servían para financiar los gastos militares, pero Jones se alejó de este discurso para mostrar que el cambio económico también era propiciado por el incipiente fascismo estadounidense. Escribió que el recorte en los programas sociales, era una manifestación de la «triple K fascista». En sus artículos, Jones combinaba el análisis de género con el de raza para articular análisis feministas negros que ni siquiera habían aparecido antes en los documentos oficiales del Partido. En su ensayo «And End to the Neglect of the Problems of Negro Women», Jones recoge una breve historia de las mujeres negras en la esclavitud, acercándose tanto al papel de las mujeres en la familia de esclavos, como a la función que desempeñaba la violación en las vidas de las mujeres esclavas. Jones no solo criticó a los amos blancos, sino también atacó a la iglesia negra porque, tal y como ella escribió, «confirma la autoridad masculina»⁹⁰.

Jones también promovió la publicación de artículos de otras mujeres negras. Bajo su liderazgo, se hicieron más audibles las voces de las muje-

⁸⁹ C. Jones, «For New Approaches», cit., pp. 36-37.

⁹⁰ C. Jones, «An end to the Neglect of the Problems of Negro Women», cit., pp. 55-56.

res negras que no se habían oído en el Partido Comunista estadounidense. Mientras que Jones y Peggy Dennis editaban la página de mujeres, Maude White Katz (una nativoamericana, miembro veterana del Partido Comunista) y otras mujeres, se convirtieron en colaboradoras más asiduas de lo que lo habían sido antes, y los artículos donde se narraban las luchas de las mujeres negras contra los violadores blancos, aparecían en los documentos del Partido, en relatos sobre Recy Taylor y Rosa Lee Ingram.

Jones, Millard, Dale y otras mujeres no crearon pero sí explicitaron un sentido creciente de conciencia feminista dentro de la vieja izquierda. Una avalancha de cartas de mujeres llenaba a dos columnas la página de mujeres del *Daily Worker* cuando fue revivida bajo la guía editorial de Jones y Peggy Dennis. Ambas sustituyeron el tipo de artículos publicados hasta entonces y entre los que abundaban los que ofrecían recetas de cocina y moda, por noticias y opiniones más políticas, ampliaron la sección de cartas de las lectoras, solicitaron a éstas que enviaran «historias de batallas emprendidas y ganadas», publicaron historias de heroínas negras en el espacio que antes se reservaba para los relatos de mujeres soviéticas. Mientras que Peggy Dennis recuerda que algunas mujeres no se sentían satisfechas con que sus asuntos todavía fueran relegados a una página separada del periódico del Partido, otras «expresaron estar orgullosas de la nueva página que nos trata como seres políticamente relevantes»⁹¹.

Las cartas al director del *Daily Worker* de la década de 1950 atraían a mujeres preocupadas por sus propios asuntos dentro de la sociedad, muestra de que finalmente las mujeres del Partido Comunista se apartaban del tipo de activismo únicamente enfocado a ayudar a los demás. «Nosotras, las mujeres, tenemos un problema específico que no podemos resolver menospreciándonos a nosotras mismas, sino participando en la lucha de todos los pueblos oprimidos y de la cual somos parte», proclamaba la escritora de una de las cartas a sus hermanas-lectoras de la página de mujeres⁹².

A finales de 1955, grupos locales de mujeres discutían abiertamente cuestiones como el chovinismo masculino, tal y como explicaba un grupo de enojadas mujeres miembros de un club local del Partido Comunista en su carta de 26 páginas a la directora nacional de educación, Betty Gannet. Titulada «Some Thoughts on the Woman Question», la carta exigía más acciones y menos cháchara sobre los temas de las mujeres, una mayor representación de éstas en la dirección del Partido, que se prestara una mayor atención a su situación en la industria, más acción para combatir los problemas personales entre hombres y mujeres dentro de las familias

⁹¹ Peggy DENNIS. *Autobiography of an American Communist: A Personal View of a Political Life 1925-1975*, Berkeley 1977, p. 191.

⁹² *Sunday Worker*, 15 de marzo de 1953.

progresistas, y una «teoría concreta que evite a las mujeres ser absorbidas por la idealización burguesa de la maternidad»⁹³. Este informe, y las cuestiones y puntos de exclamación que Gannet garabateó más tarde en los márgenes de la carta, ejemplifica la naturaleza compleja de la vida interna del Partido Comunista. A pesar del hecho de que el feminismo estaba en auge dentro de las bases del Partido, y dentro de los «grupos de choque» progresistas como el *Congress of American Women*, la dirección seguía siendo refractaria a la crítica. Aquellas mujeres, aunque comunistas, eran críticas con esta, y lucharon para que sus propias perspectivas feministas también fueran escuchadas. Por un lado, ellas eran las «fraccionalistas» o las «separatistas» cuyas cartas se dejaban en el montón de las cartas eternamente *por* contestar, pero, por otro, también fueron parte de una minoría creciente de mujeres que expresaban abiertamente posturas feministas dentro de la vieja izquierda. Como muchos estudiosos han señalado, al mismo tiempo que las instituciones más importantes de la vieja izquierda a menudo proporcionaban a las mujeres un medio para hablar de sexismo, raramente fomentaron formas prácticas de activismo antisexista, o como lo expresaba una miembro del *United Electrical Workers*, «era muy sencillo llegar a casa y llamar tu marido machista, pero no servía de nada»⁹⁴.

La multiplicidad de las energías que lucharon contra el fascismo durante el Frente Popular, estaba acompañada por una promoción de la cultura y de los valores estadounidenses como opuestos al fascismo, una práctica que a menudo se vio favorecida por la reescritura masiva de la historia estadounidense con el ánimo de transformar figuras tales como Thomas Jefferson y Abraham Lincoln como ejemplos del liderazgo antirracista. A medida que transcurría la Guerra Fría, las hipocresías de los alegatos antirracistas del ejército estadounidense se hicieron más claras, y los comunistas no tardaron en sentirse traicionados cuando el McCarthysmo les convirtió en un objetivo de la «amenaza roja», precisamente por los mismos defensores del *New Deal* en los que habían depositado su confianza. No es sorprendente que en aquel momento la vieja izquierda invirtiera la oposición entre democracia y fascismo en Estados Unidos, apropiándose de la palabra democracia para que significara algo totalmente externo a la identidad nacional. De la misma manera que en Estados Unidos durante la Guerra Fría los anticomunistas habían identificado sencillamente fascismo y comunismo en una batalla entre «americanismo» o «totalitarismo», los activistas tanto de la nueva como de la vieja izquierda abandonaron su intención de redecorar la historia estadounidense y la democracia burguesa, y comenzaron a indagar en las semejanzas ocultas entre el nacionalismo estadounidense y el fascismo alemán.

⁹³ «Some New Thoughts on the Woman Question», pp. 2-3, en los papeles de Betty Gannet.

⁹⁴ Entrevista con Elaine Perry realizada por Ruth Prago, 26 de marzo de 1979, en *Oral History of the American Left, Tamminent-Wagner Archives*, NYU.

Una de las similitudes más significativas era la imagen de las mujeres anclada en el lema «*Kinder, Küche, Kirche*», la ideología doméstica que las mujeres comunistas atacaron no simplemente por razones de género, sino también de raza y de clase. Esta crítica cultural que se dirigía contra la cultura dominante de manera demoledora, a veces incluso estridente, mostraba que las políticas basadas en el género se veían sobrepasadas por el racismo y el nacionalismo, dando lugar a una agregación entre los discursos de las mujeres negras y de las mujeres blancas, incluso, cuando ambos grupos entendían sus propias políticas de manera diferente y llegaron a tener conflictos dentro del Partido Comunista estadounidense. Esta configuración del feminismo tenía su origen en la misma sensibilidad cultural que básicamente conformó la segunda ola del feminismo. En su desafío al patriarcado, no se defendía un salario igual por un trabajo igual, ni se afirmaba la superioridad moral de las mujeres, así como tampoco se recurría al concepto de las mujeres como clase, sino que se identificaba y se atacaba aquella imagen idealizada de la «mujer» que constituía un elemento fundamental de la cultura popular estadounidense, y que era reemplazada por nuevos modelos de agencia y liberación de las mujeres. Es sobre esta historia del feminismo, como oposición a la imagen idealizada de «mujer», a partir de donde el feminismo blanco y el feminismo negro pueden trabajar juntos para reconstruir el movimiento feminista en la actualidad.